

POLÍTICA ESTÚPIDA

Reflexiones a quemarropa

ÁNGEL F. BUENO



POLÍTICA ESTÚPIDA

EDITA ALDARULL EDICIONS
www.aldarull.org

LIBRERÍA ACCIÓ CULTURAL
c/Martínez de la Rosa 57 - Bx. 2ª. 08012 Barcelona
T 935 008 564
libreria@acciocultural.org
www.acciocultural.org

DISEÑO Y MAQUETACIÓN eloigimeno.com
ILUSTRACIÓN DE PORTADA ivanbravo.com
TIPOGRAFÍAS PONA + SACKERS GOTHIC

ISBN 978-84-938538-2-2



Esta obra está bajo la licencia Creative Commons:
RECONOCIMIENTO-NOCOMERCIAL-SINOBRASDERIVADAS 3.0 ESPAÑA

Para más información visitar:

www.creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/
www.creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/legalcode.es

© ÁNGEL F. BUENO

POLÍTICA ESTÚPIDA

Reflexiones a quemarropa

ÁNGEL F. BUENO

Barcelona, mayo de 2010

«Un día me he dicho: ¿por qué tanto dolor y tanta miseria en la sociedad? ¿Debe ser el hombre eternamente desgraciado? Y sin fijarme en las explicaciones opuestas de esos arbitristas de reformas, que achacan la penuria general, unos a la cobardía e impericia del poder público, otros a las revoluciones y motines, aquéllos a la ignorancia y consunción generales; cansado de las interminables discusiones de la tribuna y de la prensa, he querido profundizar yo mismo la cuestión. He consultado a los maestros de la ciencia, he leído cien volúmenes de filosofía, de derecho, de economía política e historia... ¡y quiso Dios que viviera en un siglo en que se ha escrito tanto libro inútil! He realizado supremos esfuerzos para obtener información exacta, comparando doctrinas, oponiendo a las objeciones las respuestas, haciendo sin cesar ecuaciones y reducciones de argumentos, aquilatando millares de silogismos en la balanza de la lógica más pura. En este penoso camino he comprobado varios hechos interesantes. Pero, es preciso decirlo, pude comprobar, desde luego, que nunca hemos comprendido el verdadero sentido de estas palabras tan vulgares como sagradas: justicia, equidad, libertad; que acerca de cada uno de estos conceptos, nuestras ideas son completamente confusas, y que, finalmente, esta ignorancia es la única causa del pauperismo que nos degenera y de todas las calamidades que han afligido a la humanidad.»¹

1 *¿Qué es la propiedad?* (Pierre Joseph Proudhon, 1840).

UNAS PALABRAS PREVIAS

Cuando Fulano actúa de forma que se beneficia mientras perjudica a los que le rodean decimos que es un desconsiderado, un aprovechado, o, directamente, un canalla. Cuando Fulano actúa de forma que perjudica a los que le rodean y además se perjudica a sí mismo, entonces no nos queda más remedio que decir que Fulano es gilipollas, que es como llamamos a los estúpidos en mi barrio. Pues eso le ha pasado a la Política, que a base de ser canalla ha terminado hundiéndose en una estupidez profunda.

Verán, pertenezco a la clase trabajadora, el último estrato de la pirámide social (empezando por abajo), aquél en permanente estado de alerta para no cruzar con los dos pies el «umbral de la pobreza», como dicen en la televisión. A pesar de todo –y contra toda previsión, pues no se espera de la plebe comportamiento semejante–, siempre he sentido una viva curiosidad, un intenso interés, por entender lo que me rodea. Coincide que, durante mi adolescencia, España se encontraba enfrascada en su burbujeante «transición», por lo que no es de extrañar que una buena parte de mi atención se pusiera ya, con todo su furor hormonal, en la preocupación y ocupación de los asuntos de la *polis*, de la ciudad, del país, del mundo, en cómo se gobiernan las cosas, en la Política, vamos. Debe quedar señalado que mis primeras impresiones de la Política fueron lamentables, penosas, irritantes... Treinta años más tarde, la lista de adjetivos desagradables que podría añadir es interminable, créanme. La Política, a mi entender, está vieja y enferma; enferma hasta la corrupción. Mientras el mundo se revuelve intentando digerir la nueva y compleja realidad global, nos encontramos con que donde tendría que hacerse Política se hace, sobre todo, Negocio. Quedan aún excepciones, salpicadas por el globo terráqueo, en las que la Política mantiene unos mínimos de dignidad y trata de cumplir con su deber, pero son, como digo, casos excepcionales. En general, a día de hoy, completada

la primera década de la era del siglo XXI, en nuestras sociedades de «analfabetos en manos de sinvergüenzas»², la Política parece consistir en seguir haciendo el troglodita, dándose puñetazos en el pecho y enseñándose los dientes los unos delante de los otros, en un permanente combate por el poder, o sea, por la llave del cajón del dinero.

Voy a defraudar, pues, ya de salida, a los que pudieran esperar una soflama «anti-tal» o «anti-cual», de «izquierdas», de «derechas», de «arriba» o de «abajo», «qué malos ellos, qué buenos nosotros», «quí-tate tú, que me quiero poner yo». No es ése mi propósito, al menos. Si de algún sitio hay que erradicar ese combate visceral, ese «contra el otro» sistemático, es de la Política; para desfogar esos impulsos ya tenemos el deporte u otros juegos. Para gobernar la casa, hay que hacerlo con cabeza. Y la Política, la ha perdido. Como tampoco persigo con estas páginas ni gloria, ni reconocimiento, ni siquiera un despacho en alguna administración –por aquello de la pensión vitalicia–, podríamos decir mejor que mis humildes intenciones son, ante todo, terapéuticas. Por partida doble. La Política necesita una buena autopsia y a mí me ha recomendado el doctor que hable de ello, o me acabará saliendo una úlcera... Ya puestos, decepcionaré también a los que gusten de sesudos trabajos de corte académico. He agrupado estos escritos de género impreciso, a veces de apariencia inconexa y deliberadamente ingenuos, sin intención de sentar cátedra alguna. Si dan lugar a una mínima reflexión, por pequeña que sea, habrán cumplido su cometido.

Dicho esto, y por si alguien quisiera escuchar, levanto la mano y pido la palabra...

A MODO DE INTRODUCCIÓN

El famoso «descontento»

«Los políticos son todos iguales: una pandilla de sinvergüenzas que lo único que quieren es ocupar el poder para llenarse los bolsillos a manos llenas, de una forma u otra. La Política es un engaño, un circo, una casa de putas. La Democracia, el gobierno del pueblo, es un simulacro, una farsa, un juego amañado. Aquí no hay gobierno, no hay Estado que mande, aquí manda el dinero, la Banca. La Corrupción y la Rapiña están tan extendidas que alcanzan la categoría de rasgo cultural.

Si, para colmo de males, uno atiende a la prensa y/o lee un poco, buscando explicación, consuelo incluso, a semejante panorama, se encuentra con que el grueso de los intelectuales, de los «expertos» —o los que ocupan esa plaza— y de los medios de comunicación no han conseguido escapar a tan decadente dinámica, haciendo las mil y una filigranas para justificar su servil «ándeme yo caliente», que tanto se contradice con la nube del «espíritu democrático» en la que, supuestamente, deberíamos flotar.

¿De qué sirve tener más información, más conocimiento, si quien debe transmitirlo está igual de podrido?, se acaba preguntando uno. Con el culo bien acomodado en sus respectivas poltronas, se puede entender que no estén muy dispuestos a un análisis en profundidad de unos problemas de los cuales, todo apunta, forman parte.

Pero lo más sangrante es que, mientras tanto, todo el tinglado lo pagamos, sobre todo, usted y yo. Pues vaya mierda.»

A día de hoy, mediados de 2010, las ideas contenidas en las líneas anteriores son compartidas y expresadas, en todo o en parte y de una forma u otra, por un número cada vez mayor —y por ello cada vez más llamativo— de ciudadanos. Tal vez usted, aunque sea en la intimidad, se cuente entre ellos, lo que le convierte en sustancia de lo que se ha venido a llamar *descontento democrático*, *apatía política* o *desconfianza política*, expresiones edulcorantes acuñadas para

«explicar» esos inquietantes aumentos en las cifras de abstención y el insondable abismo que separa, cada vez más, al ciudadano de la Política y los políticos. Ha llegado un punto en el que el pueblo, harto de farsa, se guasea de todo el tinglado político y, entre risas, ofrece, por ejemplo, mamadas a cambio de votos. De ser político, yo me preguntaría seriamente a qué se debe algo así, algo que significa, entre otras cosas, que cada vez más ciudadanos optan por una jocosa y saludable mofa y, en lo posible, por «negar» el juego político, por no jugarlo. Sin embargo, los políticos y los medios de comunicación, parecen vivir en una realidad aparte, en la que las cosas se ven de forma muy distinta a cómo las vemos y vivimos los ciudadanos de a pie. Pongamos ya un ejemplo, para abrir boca:

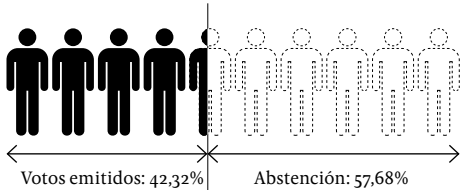
En el año 2005, España convocaba el referéndum para votar la constitución europea. Mucho se podría hablar, sin duda, de esa constitución y la supuesta Europa que pretende utilizarla como reglamento, pero lo que nos interesa del ejemplo es el procedimiento «democrático-mediático». Como bien sabemos, en aquella ocasión, nuestros gobernantes –de una Europa que, de momento, sólo parece existir en «su» realidad– ya habían decidido que había que aceptar dicha constitución y, como es habitual, pusieron en marcha el mecanismo de propaganda –lo que incluye a la mayor parte de los medios de comunicación en todos sus formatos– para convencernos de que debíamos apoyar la decisión que ellos habían tomado ya previamente. Tal y como exige el ritual del «juego democrático», se convocó referéndum para «preguntarnos» si aceptábamos aquella constitución que ni sabíamos a qué venía, ni entendíamos, ni nadie nos había preguntado nada a la hora de hacerla, y que si había de servir para lo mismo que sirven las que ya conocemos, mejor que se la envainaran. Pero que no se diga que no somos democráticos: ¿hay que montar la urnas?, pues se montan, no hay problema...

La pregunta, en aquel caso, fue: *¿Aprueba usted el Tratado por el que se establece una Constitución para Europa?* No vamos a detenernos ahora a analizar la formulación de la pregunta; la aceptaremos tal cual. Lo que nos interesa son los resultados de la «consulta», que, según las fuentes oficiales, fueron los siguientes:

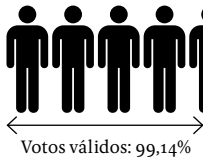
• 100% de la población con derecho a voto



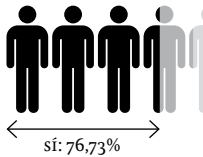
• Votos emitidos: 42,32%
Abstención: 57,68%



• Votos válidos: 99,14%
Votos nulos: 0,86%



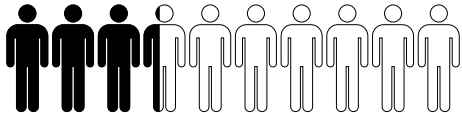
• De los votos válidos:
sí: 76,73%
NO: 17,24%
BLANCO: 6,03%



• 100% de la población con derecho a voto



• Votos sí



Si restamos la abstención, votos nulos, votos en blanco y votos «NO», como se puede calcular fácilmente, del total de la población con derecho a voto, al final, la representación del voto «SÍ» ronda el 18,39% del total. Sin embargo, con estos números, el gobierno de turno –da igual el que fuera– y, por supuesto, los medios de comunicación, titularon a los resultados de este referéndum como una «victoria aplastante del sí». No sé a ustedes, pero, a mis ojos, estas cifras indican cosas bien distintas a tan optimista interpretación; cosas bien distintas, contradictorias e inquietantes... Si la democracia se basa en la voluntad de la mayoría, aquí, la mayoría no son los que votaron sí, son los que **no** votaron. O yo no entiendo lo que significa la palabra *mayoría*.

Cualquier gobierno honesto encargado de gobernar una democracia honesta, ante estos resultados, debería lanzarse de inmediato a medidas de emergencia, pues algo pasa, o bien con el asunto a tratar, o bien con el propio juego democrático. Sin embargo, lo que sucedió y sucede es que políticos y medios de comunicación interpretaron los resultados del modo que más les convenía, eliminando de un plumazo de «su» realidad cualquier resultado adverso y achacando las aplastantes cifras de abstención al «descontento», al desinterés, a la vagancia, al pasotismo del pueblo llano; de hecho hemos podido oír al respecto explicaciones de mayor calado, como que la gente no vota porque prefiere irse a tomar el sol, porque las cosas ya le parece bien como están o porque prefiere ver correr por la televisión al piloto Fernando Alonso... Francamente, si esa es toda la agudeza en el análisis de la que son capaces la clase política y toda su maquinaria de gobierno y de propaganda, convendrán ustedes conmigo que, la cosa es, cuando menos, para rascarse el cogote. O pura y dura desfachatez. Aún si fuera cierto que casi el 60% de la población prefiere la playa o la Fórmula 1 que tomar cartas en decidir su futuro, yo, de ser político, estaría de lo más preocupado con el dichoso «descontento» que se extiende cual epidemia...

Aunque, en realidad, el «descontento» que nos ocupa no es más que la continuada acumulación de un malestar mucho más antiguo –de

hecho, se han dado muchos casos en los que llegó a tal punto que desembocó en revoluciones, que no suelen ser otra cosa que el procedimiento por el cual dejan de estar descontentos «los unos» y pasan a estarlo «los otros»-, las expresiones que ya he mencionado (*descontento democrático, desconfianza política, apatía política o pasotismo*) empezaron a acuñarse en nuestro pasado más reciente.

Tras la conmoción de la Primera Guerra Mundial, las mentes más despiertas de aquella época empezaron a dar voces de aviso de que algo no andaba bien. Pero, por lo visto, ni los trastornos sufridos ni las lúcidas advertencias sirvieron de gran cosa, pues, pocos años después, el mundo se embarcaría en otro conflicto bélico a escala internacional de mayor envergadura. Tras los horrores y el drama de la Segunda Guerra Mundial, en pleno esfuerzo de reconstrucción, germinó cierta voluntad de enmienda. La fundación de las Naciones Unidas, al finalizar el conflicto, y la Declaración de los Derechos Humanos respondían a la esperanza de que una nueva organización de carácter mundial sirviera, sobre todo, para evitar nuevas guerras. Se esparció por el mundo un renovado sentimiento de desarrollo y progreso, de esperanza en el futuro. «Podemos corregir, esforzarnos por mejorar, aspirar a construir un mundo mejor», parecían decirse las naciones mientras se recuperaban de sus heridas. Ese sentir, esa esperanza, esa nueva ilusión por mejorar, plasmada durante la década de los 1960 en lemas de «Paz y Amor», acabaría impregnando al conjunto de las sociedades occidentales, filtrándose hasta las clases más desfavorecidas a través de los medios de comunicación de masas de la época. La democracia se erigía como la solución, la vía hacia el bienestar general, la paz, la justicia, la igualdad, la libertad... Pero, lamentablemente, bastaron poco más de dos décadas para que quedara patente que ni se iban a acabar las guerras ni las miserias del mundo –se inició la Guerra Fría y los mismos países que alardeaban de «progresistas» impulsaban sus industrias de armamento vendiendo de tapadillo sus productos allá donde conviniera–; que lo de la igualdad y lo de la justicia era un cuento chino –no hay más ley que la del dinero y la rentabilidad: tanto tienes, tanto vales... y tantos derechos puedes comprar–; que los Derechos Humanos eran

papel mojado; que la corrupción estaba a la orden del día –mientras una crisis económica arrastraba al populacho a las interminables colas del paro, las clases «más favorecidas» derrochaban como si no hubiera dios–... (¿Les resulta familiar todo esto?) Así pues, el sentir popular de finales de la década de los 1970 abandonaba aquellos ingenuos eslóganes de «Paz y Amor» para adoptar un contundente y decepcionado «No hay futuro» que ya era algo más que simple «descontento» –que suena a «ligera incomodidad»–; era ya un cabreo manifiesto, una denuncia alta y clara: esto **no** hay quien se lo trague.

Han pasado treinta años desde que el enfado se hiciera patente y lo que vivimos hoy en día no es otra cosa que la continuación de aquello: la descomposición de un cadáver en avanzado estado de corrupción, sostenido a base de maquillaje y tiritas, y al que nadie parece estar dispuesto –o en condiciones– de hacerle la autopsia y darle sepultura. A estas alturas, se han superado con creces los estadios de «desconfianza» y «apatía» (el famoso *pasotismo*) de aquel «descontento» para alcanzar progresivamente la categoría de puro desprecio.

¿Y en qué se sustenta tal desengaño, tal enfado, tal desprecio?, se preguntarán algunos de ustedes. Pues verán: el mayúsculo enfado, la negación, el «hasta aquí hemos llegado», se debe esencialmente y sobre todo a la pujante certeza de estar siendo víctima de una estafa, de un **engaño** cuyas proporciones alcanzan ya cotas intolerables (aunque uno sospecha que aún pueden crecer más).

UNAS DEFINICIONES FACILITAS

Política, políticos, idiotas,
democracia, pueblo, plebe y pirámides

Partiendo de la base de que, de una forma u otra, nos hallamos inmersos en el «juego político» tal y como se nos presenta hoy en cualquiera de los denominados «países democráticos», y aunque tendremos ocasión más adelante de echarle un vistazo a ese «juego político», no estará de más que repasemos, antes de nada, la definición de unas cuantas palabritas especialmente significativas, tanto para asegurarnos de que, cuando las utilicemos, hablamos de lo mismo, como para despejar ciertos malentendidos. Vamos allá.

El término «política» procede del latín *politicus*, y éste del griego *politikós* (πολιτικός), que significa «de los ciudadanos» o «del Estado», siendo el adjetivo derivado de *pólis* (πόλις), término que significa «ciudad», pero también «Estado», ya que en la Antigua Grecia, la unidad estatal la formaban una ciudad y un pequeño territorio. Dicha unidad estatal, la ciudad y su territorio, era a menudo de carácter «democrático», un planteamiento que también definieron los griegos, que eran unos auténticos entusiastas en esto de definir. De este modo, todos los asuntos del Estado (de la ciudad y su territorio) eran asuntos de todos los ciudadanos, es decir, de los habitantes de la ciudad con poder civil –los esclavos y las mujeres, por ejemplo, no gozaban de dicho poder–. Así, los griegos empezaron a llamar a tales «asuntos del Estado» *politikói* (política), en oposición a los «asuntos personales» o «intereses privados» de los ciudadanos, a los que se llamaban *idiotikós* (ιδιωτικός) o «privados». Más adelante, y a modo de curiosidad, a los hombres que no se preocupasen de los temas concernientes a la *pólis* se les denominaría *idiotes* (ιδιώτης), que significaba «ciudadanos privados», término que sirvió luego para referirse a los «incultos» o «no conocedores de las artes», derivando siglos más tarde a nuestra palabra actual «idiota». Así pues, para entendernos,

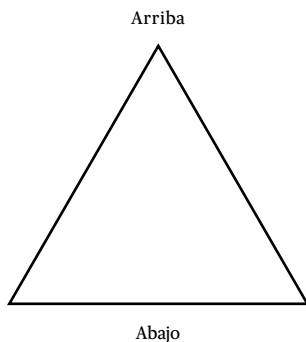
sobre el papel, «política» es la preocupación y ocupación en todo aquello que sirve para atender los asuntos del grupo, del colectivo, de la ciudad, del Estado; «políticos» son aquellas personas que efectivamente se preocupan y ocupan de atender dichos asuntos; e «idiotas»... Bueno, da igual. Si este chiste facilón les ha hecho gracia, esperen a ver la definición de «democracia».

El término «democracia» también proviene del antiguo griego y fue acuñado en Atenas, allá por el siglo V antes de Cristo, a partir de los vocablos *demos*, que puede traducirse como «pueblo», y *kratós*, que puede traducirse como «poder» o «gobierno». Vamos, el famoso «gobierno del pueblo» –esperen, esperen, que me entra la risa–. Vale la pena apuntar un matiz sobre el término «democracia». Resulta que, en tiempo de los griegos, la población se componía de los siguientes grupos (clases): los eupátridas, que eran los nobles; los demiurgos, que eran los artesanos; los geomoros, que eran los campesinos; los *douloi* (δούλοι), que eran los esclavos; las mujeres, que eran... las mujeres; y los metecos, que eran los que no eran griegos, los extranjeros. A efectos de «política», las mujeres, los metecos y los esclavos no contaban; por las razones que fueran, los griegos consideraban que estas tres clases no podían preocuparse y ocuparse de los asuntos de la ciudad. El caso es que, a partir de determinado momento, los «demiurgos» y los «geomoros», que ya no parecían estar muy contentos con la nobleza, conformaron el «demos»; así que, «democracia», textualmente, vendría a significar «gobierno de los artesanos y los campesinos».

Son muchos los que consideran a la democracia griega como el primer ejemplo de «sistema democrático». Sin embargo, son otros tantos los que consideran que ya mucho antes, en las tribus y en las civilizaciones anteriores, se daban ejemplos de sistemas democráticos, apuntando además que, en Grecia, en realidad, a base de dejar de lado automáticamente a las mujeres y a los esclavos, sólo una pequeña minoría de la población tenía derecho a participar en ese «gobierno del pueblo». Sea como fuere, cuando decimos «democracia», la gente lo entiende como «gobierno del pueblo». Aunque luego volveremos sobre lo engañoso de esta definición, no desaprovechemos la

ocasión para dejar definido otro término, porque, si el «pueblo» eran «los artesanos y los campesinos», ¿cómo llamaremos al resto de la población, es decir, al grupo formado por los esclavos, las mujeres y los extranjeros? Este último grupo, la clase social más baja, también tiene un nombre: la plebe.

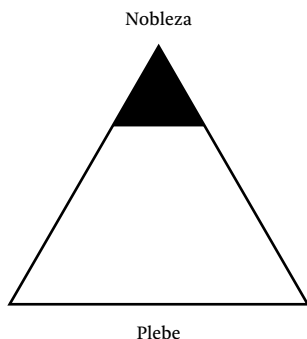
Hablemos ahora un momento de otro concepto que conviene definir de algún modo: la pirámide. Desde tiempo inmemorial, venimos representando nuestro sistema social con un triángulo, una pirámide. De hecho, así se le llama muchas veces: la pirámide social. Aquí la tenemos:



Aunque señalar «arriba» y «abajo» pueda parecerles ahora una obviedad innecesaria, nos ayudará más adelante a comprender con claridad ciertas cosas. Sigamos.

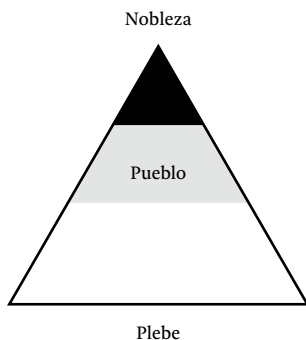
Por lo que sabemos, en los primeros sistemas sociales de las tribus, el alimento que se producía se acumulaba, se concentraba en un punto (llamémosle granero, almacén, o como prefieran) para ser distribuido. Dicho granero acabó estando en manos y bajo el control de los primeros jefes, acompañados de los hombres armados, que supuestamente se encargaban de vigilar el granero, y de los chamanes, que, como bien sabemos, siempre han estado cerca de los jefes para

hacerles llegar cuanto antes la voluntad de los dioses y otros entes del más allá. Ahí tenemos, de forma muy básica, a nuestra primera «nobleza». Aprovechemos, antes de que se nos complique, para observar los fundamentos de la mecánica que sostiene a la pirámide: el alimento se produce «abajo» y fluye hacia «arriba», donde se acumula. Seguidamente, se espera que desde «arriba» se distribuya hacia «abajo». Así pues, siguiendo con deliberada simpleza, en las primeras pirámides sociales tenemos a la «nobleza» (el estrato más alto) y a la «plebe» (el estrato más bajo):



En la Antigua Grecia, que nos proporciona la definición de «democracia», llega un momento en el que artesanos y agricultores adquieren relevancia, dentro del flujo «arriba-abajo» del «alimento». La cosa tiene su lógica: cuando los asentamientos tribales crecen hasta convertirse en ciudades y se establecen rutas de comercio, el papel de aquellos que saben cómo cultivar la tierra y cómo fabricar bienes de consumo adquiere mayor importancia: si ellos dejan de hacer su parte, el flujo de alimento «hacia arriba» se detiene. Conscientes de ello, llega un momento que se plantan, y a la nobleza le conviene entonces llegar a un acuerdo por el que cede una parte de la gestión,

del poder de gestión a los agricultores y a los artesanos, al «demos»; es decir, al «pueblo». Pero, ojo, tengamos en cuenta dos cosas bien importantes. La una: que esa cesión de poder es a condición de que el flujo «hacia arriba» no cese. La otra: que cuando hablamos de «agricultores y artesanos» estamos hablando de «fabricantes, terratenientes, comerciantes»; es decir, la mano de obra, el motor de producción fundamental sigue estando donde estaba: abajo.



Como no nos quedará más remedio que volver a hablar de «democracia» y de pirámides, de momento ya nos apanamos con estas definiciones, repito, deliberadamente simplificadas. Sean pacientes.

BARRUNTANDO EL ENGAÑO...

Déjenme que les hable de la Sra. Pepa. La Sra. Pepa es una anciana con los ochenta cumplidos, viuda, con dos hijas, que ve la tele pero lee con dificultad (por analfabeta, no por vista cansada) y que, además de «sus labores» del hogar, ha trabajado toda su vida limpiando escaleras y oficinas. Con la pensión que le ha quedado, no llega a fin de mes. Y no es que la mujer derroche, no; es que la Sra. Pepa cobra una pensión de mierda. En el bloque de viviendas en el que vive (vivienda pública de la de antes), es habitual que algunas vecinas, a la hora de hacer la comida, añadan un puñado más de arroz para que salga otro plato para la Sra. Pepa. Afortunadamente para todos, la Sra. Pepa, dotada de una energía y una alegría vital notables, lleva su situación con una resignación pasmosa y un humor envidiable.

La Sra. Pepa no vota. Nunca. Cuando en el mercado, en la panadería, en los rellanos, se habla de políticas y políticos, la Sra. Pepa define su posición como una sentencia: «Eso no son más que mentiras. Son todos iguales». Y luego se ríe, con sus ojillos vivaces mirando a un lado y a otro, como ha aprendido a reírse de otras tantas cosas. La Sra. Pepa no tiene «formación política» y, sin embargo, tiene una clara posición ante los «asuntos de la polis», posición basada en otra formación no menos valiosa –tal vez más–: la experiencia directa de la vida cotidiana, de la supervivencia diaria «dentro de la polis», experiencia que, tras sufrido proceso inductivo, la ha llevado a concluir, sospecho que ya hace mucho, que la están engañando.

Uno se queda maravillado, claro está: ¿cómo es posible, ¡cómo!, que la Sra. Pepa, que apenas sabe juntar las letras, haya llegado con tanta anticipación a donde parecen estar llegando, cada vez en mayor número, sus descendientes con muchos más estudios, carreras, medios de comunicación y nuevas tecnologías de la información? ¿Qué le ha hecho la Política –y los políticos– a esta buena mujer, para sustentar tal enfado, tal desengaño, tal sardónico desprecio? Su pos-

tura no puede deberse a un análisis erudito de la cuestión, sino a algo mucho más fundamental, común y palpable; el engaño del que se siente víctima no es de partidos, ni de la ideología A o la ideología B, es un engaño más básico, más de raíz. La Sra. Pepa se siente engañada en algo más hondo, en algo que yo voy a llamar el «Acuerdo Original», un pacto que, a pesar de su sencillez, como ahora verán, no es moco de pavo.

El «Acuerdo Original»

No hace falta mucho diploma ni encendida discusión para caer en la cuenta de que, en algún momento prehistórico, por lejano que sea, nuestros antepasados cavernícolas tuvieron que llegar a un acuerdo que, por ser tácito y obligado por las circunstancias, no es por ello menos acuerdo.

Parece claro que en los tiempos en los que éramos un primate desvalido frente a unos depredadores que lucían unos colmillos de palmo, las posibilidades de supervivencia eran mayores yendo en grupo que por libre; huelga decir que, en aquel entonces, ir por libre hacía bastante complicado el copular y, por lo tanto, perpetuar la especie (en esto no hemos avanzado mucho: copular hoy en día sigue siendo complicadísimo y costoso..., pero ese es otro tema). Decimos pues que, aunque hubo quien probó por su cuenta, la estrategia evolutiva que se demostró estable, efectiva, fue la del grupo. En términos de supervivencia de la especie, los números cantan: éramos cuatro gatos entonces –bueno, monos– y hoy somos tantos que no sabemos dónde meternos. Fíjense si dicha estrategia resultó estable que incluso muchos de los que pudieran estar inclinados a ir por libre, después de vérselas unas cuantas veces con los de los colmillos, con un clima de perros y con una desoladora abstinencia sexual, optaron por no alejarse mucho del grupo, apoyándose en él. Hubo también, seguramente, quienes se empeñaron en seguir en solitario a pesar de todo, pero no hemos vuelto a saber de ellos. Sea como fuere, por naturaleza o porque no le queda otro remedio, el humano es un bicho gregario, de grupo. Pero, como todo en esta vida, lo de agruparse tiene un precio.

Tanto el que tiende a buscarse las habichuelas él solito como el que opta por el grupo, ambos son individuos, claro, y como tales tienen una prioridad: salvar el pellejo, seguir con vida. Podríamos decir, pecando de simpleza, que el *solitario* se dice a sí mismo: lo primero es salvar mi pellejo y, luego, ya veremos. El *gregario*, por su parte, se dice: lo primero es salvar al grupo, porque, entre otras cosas, eso incluye salvar mi propio pellejo. Aunque uno y otro pretenden, al fin y al cabo, lo mismo, es evidente que van a organizar sus acciones de forma distinta: el *solitario* se buscará la vida para alimentarse, proporcionarse cobijo y reproducirse, si es posible. El *gregario*, cada uno de los gregarios, se buscará la vida para alimentar al grupo (en el cual está incluido), proporcionarle cobijo al grupo (en el cual está incluido) y asegurar la reproducción del grupo (con su entusiasta colaboración).

Imaginen conmigo a un grupito de aquellos nuestros antepasados trogloditas:

Llovía sin piedad. Empapados, en el interior de la única covacha que habían podido encontrar por los alrededores, se apiñaron en torno a un proyecto de fogata que, hasta el momento, no daba más que humo. Para hincarle el diente a algo, habían tenido que repartirse entre doce tres nueces condimentadas con musgo, y encima, entre los truenos y el rugir de sus tripas, les dolía la cabeza. Para terminar de macerar los ánimos, el mamut al que llevaban tres días acosando se había llevado por delante a Trog y a Grunt... Pobres... Ante aquel desolador panorama, uno de ellos (que no es que cazara muy bien, pero tenía un pico de oro), sacando fuerzas de flaqueza, acabó rompiendo el silencio y dijo: —Vamos a ver, campeones, esto no va ser fácil. Si queremos seguir con vida, vamos a tener que currar como condenados. Ahí fuera, las cosas están muy malitas y como no nos organicemos vamos a durar menos que una gacela abrevando entre los tigres de dientes de sable.

No creo que les llevara mucho rato alcanzar el consenso. Nosotros, en cualquier caso, vamos a conservar como oro en paño la imagen

de ese grupo y sus tripas gruñendo afirmativamente, gruñidos que dejaban sellado el «Acuerdo Original», la razón de ser del grupo. Y la vamos a conservar porque representa la primera reunión de vecinos, la primera asamblea, el primer consejo, el primer parlamento, la idea primigenia del *bien común*. Al aceptar ese acuerdo, se crea un *estado de las cosas* por el cual los demás y yo estamos dispuestos a trabajar para asegurarnos –los demás y yo– lo necesario para la supervivencia –de los demás y la mía–; esto es, para empezar, alimento y cobijo para los demás y para mí, o sea para **todos**.

Es decir, las ventajas para la supervivencia que el grupo proporciona requieren en el individuo un orden de prioridades distinto, debe aceptar un «estado de las cosas» determinado. El grupo solicita del individuo un grado de *entrega* a cambio (y aquí nace el acuerdo) de proporcionarle, a él y a **todos** los demás componentes del grupo, las mejores condiciones para su supervivencia. Si el individuo no acepta su parte del trato, no hay grupo que valga; si el grupo no cumple su parte del trato, acabará por disolverse por fractura interna. Si *grupo* o *individuo* no cumplen su parte del trato, el sistema, el mecanismo empieza a chirriar... Pero no adelantemos acontecimientos y sigamos fabulando.

Con el «acuerdo original» declarado y aceptado, cabe imaginar que nuestros peludos antepasados procedieran a organizarse atendiendo, necesariamente, a las circunstancias. Es decir, no se sentaron mirando al fondo de la cueva y se entregaron a una placentera sesión de onanismo intelectual, deleitándose en cuán maravillosa sería la vida, rodeados de placeres, en un idílico paraíso en el que llueve lo justo y los dientes de sable son graciosos imanes para la nevera. A esto se dedicarían más tarde, pero de salida no pudieron hacerlo porque la **necesidad** se lo impedía. Por más que quisiéramos, para imaginar el *bien-estar*, primero había que asegurarse el *estar*, o sea, seguir con vida. Nuestros trogloditas tenían delante una circunstancia vital ineludible, un problemón tangible, señoras y señores: ahí fuera está el dientes de sable, el mamut, el trueno, el rayo, el peñasco que se desprende y siempre pilla a alguno debajo, ahí fuera hace un frío que pela, y del menú ya ni hablamos... Fíjense si debimos

de pasar hambre que no nos quedó más remedio que ingeniárnoslas para comernos al felino, al mamut y a lo que hiciera falta. Hay unas necesidades imperiosas que cumplir primero (las del *estar*, las de seguir con vida), y luego ya veremos. Así pues, nuestro grupo se tuvo que articular, que organizar, valiéndose de sus destrezas para hacer frente al problema, la punzante necesidad, que tenían delante, encima y detrás.

Debieron darse cuenta enseguida de que cosas como enviar al cojo a cazar el mamut eran una majadería, y repartirían las tareas, se organizarían, tratando de aprovechar las habilidades disponibles de cada cual:

—*A ver, tú, que corres que te las pelas y tienes buena puntería, vas a tener que ir a vértelas con el mamut; tú, que trepas a los árboles como nos enseñó el Gran Padre Mono, a coger cocos; y tú, que tienes maña con el sílex y los pedernales, te vas a currar una fogata y a ver si puedes hacer algo con estas pieles, que esta mañana nos hemos encontrado a Mrof con dos dedos de hielo encima y más tieso que la mojama. Y, por cierto, ahora que menciono la mojama, lamento comunicar que se nos ha terminado...*

Con el primer intento de organizarse para hacer efectivo aquel primer acuerdo, a la idea de *bien común* le tuvo que brotar, como consecuencia insalvable, otro concepto: el de *igualdad*. Es decir: a pesar de las diferencias que se establecieran en el reparto de tareas, en función de las *diferentes aptitudes* de cada uno, al caer la noche, **todos por igual** se calentaban en la fogata, comían cocos y mamut —si había habido suerte—, y tapaban la puerta de la cueva con un telón de piel de ñu que apestaba pero hacía el apaño... Y mañana, a por más. ¡Qué remedio!

Lo que esta torpe fabulación pretende remarcar es que, a pesar de haber sido pervertido casi desde el principio, venimos tirando desde la cavernas con aquel Acuerdo Original, con la cantinela del *bien común*. Desde que nacemos, lo mamamos; nos encontramos sumergidos en un tinglado en el que la idea del *bien común* se da por

supuesta, disfrazada y deformada de una forma u otra, incluso en multitud de aspectos que de bien común poco o nada tienen. Con el *bien común* como excusa, lo mismo se impulsan progresos que atrocidades, se monta una guerra mundial que se firma una constitución. De hecho, ¡hasta la vieja pirámide se alza con el mismo pretexto! Sin ir más lejos, en la crisis económica que vivimos actualmente³, la plebe pagamos en efectivo los desmanes de la Banca por el «bien común», ¡cómo no! La vieja y esencial idea del *bien común* debidamente utilizada, interpretada, manipulada hasta lo irreconocible, da muchísimo juego, ya lo creo... Miles de años después, la Sra. Pepa ha vivido pruebas de sobra de que el acuerdo fundamental no se cumple, que, de ese *bien-estar* supuestamente pretendido para **todos**, a unos cuantos les llega y les sobra el *bien*, mientras que la mayoría puede dar gracias si consigue *estar*, o sea, no morir de hambre. Miremos atrás, sólo de reojo, y díganme ustedes si el «descontento» ha tenido tiempo o no de convertirse en auténtica desidia...

3 La que estamos padeciendo en 2010.

ORO PARECE; PLATA, NO ES...

Como esto de fabular nos resulta muy útil, imagínense ahora que, un buen día, llegara a nuestro querido planeta Tierra un ser del espacio exterior, aparcara su nave sobre cualquier ciudad de un «país democrático» y, una vez superada la conmoción inicial y después de haberle hecho probar el jamón, hubiera que explicarle cómo funciona nuestro «orden social», nuestro «sistema político», de qué va el juego, vamos. Dando por sentado que esta primera toma de contacto correría a cargo del gobierno de turno –sólo de pensar cuánto nos iba a costar a los contribuyentes un acontecimiento de tal envergadura, solamente en las dietas de los asesores, se le quitan a uno las ganas de que venga nadie del espacio exterior a visitarnos–, la versión oficial del supuesto *estado de las cosas* que se le ofrecería al extraterrestre vendría a ser, más o menos, la siguiente:

—Verá usted, señor alienígena, nosotros nos gobernamos siguiendo el procedimiento de la democracia, según el cuál el poder de nuestro Estado lo ostenta el pueblo.

El visitante mira el enjambre de asesores en torno a su interlocutor, levanta un sinuoso dedo y pregunta:

—Perdone, pero, cuando dice «pueblo», ¿se refiere a... ustedes?

A lo que nuestro portavoz, arrebatado en su fervor democrático, respondería:

—¡Nada de eso, amigo mío! ¡El pueblo somos todos! ¡Déjeme que le explique, le va a encantar! Verá, en cada país democrático tenemos una constitución, un texto en el que se establecen los principios, las reglas, por las que se va a regir el Estado en cuestión. La verdad es que, en el fondo, una vez que has visto un par de constituciones las has visto todas, no le voy a engañar. Para que se haga la idea: todos los ciudadanos somos iguales ante la ley del Estado, nuestros derechos y deberes ante el Estado son los mismos, sin distinciones por razones de

raza, sexo, credo o condición. Al fin y al cabo, todos somos personas, ¿no? Para que ese Estado funcione, todos debemos atender unas obligaciones, contribuir con nuestro esfuerzo, con nuestro trabajo. A cambio, como Estado, nos comprometemos a gestionar ese esfuerzo de todos para el bienestar de todos, para que el ciudadano disfrute de sus derechos y prospere en un entorno de libertad y paz. Bonito, ¿no le parece?; pero nada fácil, créame. ¡Por fortuna, contamos con la democracia! La democracia, maravílese, permite que sea la totalidad del pueblo la que indique el rumbo que el Estado debe seguir, ¡es el pueblo el que decide! La cosa es compleja, no crea, comprenderá usted que la población de nuestros Estados se cuenta por millones. No quiero aburrirle ahora con detalles, tiempo habrá, pero para que se sitúe, básicamente, la cosa consiste en lo siguiente: cada cierto periodo de tiempo, los ciudadanos con mayoría de edad tienen el derecho y el deber de elegir a sus representantes en el gobierno del Estado; a estos representantes los llamamos «políticos» y estos políticos se agrupan según sus ideologías, según sus maneras de entender el cómo y para qué del Estado; a estas agrupaciones las llamamos «partidos políticos». Pues bien, llegado el momento, los ciudadanos escogen los partidos políticos que prefieren a través de un sistema de votación, en el que cada ciudadano puede emitir un voto, el suyo propio, su propia decisión. De esa votación, se obtiene la cantidad de políticos (de sus correspondientes partidos) que se hará cargo del gobierno del Estado durante un periodo de tiempo determinado. Por el mismo procedimiento de votación, los ciudadanos, en casos puntuales de especial relevancia, son llamados a consulta, en cuyo caso se les suele preguntar sobre el asunto de forma que puedan contestar con un sencillo «SÍ» o «NO»; facilita mucho las cosas, créame. ¡La democracia, amigo mío! Aquí decimos siempre aquello de «no es un buen sistema, pero es el mejor que conocemos», o algo así...

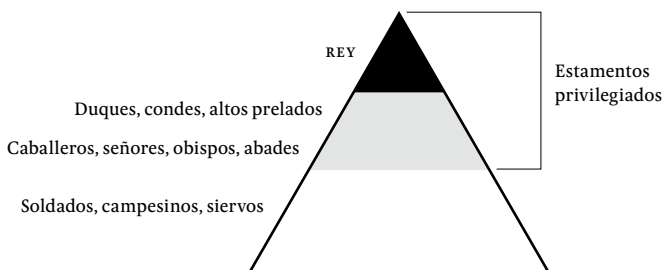
Estoy seguro de que tal discurso entusiasmado les resultará familiar, lo cual no es de extrañar, ya que es inyectado de forma sistemática en el grueso de la población a través de los medios de propaganda de los que la maquinaria política dispone: el sistema de enseñanza (desde el seno familiar hasta las universidades) y los medios de comunicación

de masas, en todos sus formatos. El visitante del espacio exterior de nuestro breve relato, lo escucharía con atención, asintiendo, aunque sólo fuera por cortesía, pero en cuanto tuviera ocasión de pasar un mes a pie de calle y empezara a sumar dos y dos podría constatar que las cosas no son lo que parecen, que la teoría, el discurso oficial, se corresponde muy poco, muchas veces nada, con los hechos palpables. Si el alienígena, por escasa que fuera su curiosidad, podría detectar enseguida tal falta de correspondencia entre el discurso oficial y la realidad efectiva, no creo que nosotros, que llevamos unos cuantos miles de años con la pirámide a cuestas, tengamos grandes dificultades para apreciar algunas de sus principales incongruencias.

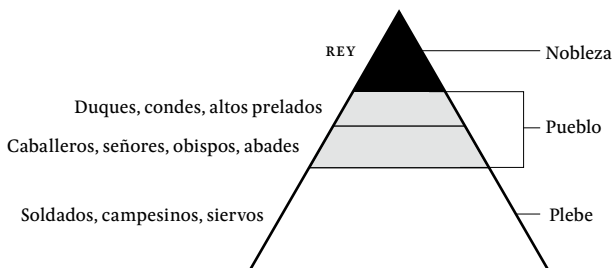
Empecemos, por ejemplo, con la proposición: «¡El pueblo somos todos!», enunciado aceptado, creído a pies juntillas, por una inmensa mayoría, hasta el punto de no atreverse siquiera a cuestionarlo sin experimentar un acentuado sentimiento de desasosiego.

¡EL PUEBLO SOMOS TODOS!

Volvamos a la pirámide. En la Edad Media, unos mil años después de que se acuñara en Grecia el término «democracia», la pirámide social conservaba, poco más o menos, este aspecto:



Lo cual nos muestra que, en lo esencial, la estructura de la pirámide que nos dejaba definido el modelo del *demos* griego se mantiene:



Obsérvese que la franja «Pueblo» sigue incluyendo a los mandos militares (los supuestos vigilantes del granero que han acabado siendo los guardaespaldas de los «amos» del granero), a los «dueños» de la tierra, de los «negocios», y a los «dueños» del conocimiento (lo que equivale a decir, en esa época, al clero, que no es más que la forma evolucionada de los viejos chamanes).

Pues bien, ese estado de cosas se mantiene inalterado hasta el momento en el que otra dosis de «descontento» similar a la sufrida por el «demos» en su época venga a conmocionar la placidez de la pirámide. Aunque se suele señalar como precedente a la Revolución Francesa (1789), con la que se considera que finaliza la época feudal para dar paso a la época moderna, no será hasta la Revolución Industrial (de mediados del siglo XVIII a principios del siglo XIX) cuando se empezará a abolir la esclavitud⁴ y a conceder ciertos «derechos» a la plebe. Cuando la plebe cae en la cuenta de que si las máquinas con las que trabajan dejan de funcionar el flujo de riqueza «de abajo arriba» se detiene, a la «Nobleza», a través de sus representantes, el «Pueblo», no le queda otra que *sentarse a negociar* y hacer una nueva serie de «concesiones» –bajo el engañoso título de «derechos», como veremos más adelante–, esta vez a la «Plebe».

Señalemos, ya de paso, que lo sucedido en la Revolución Francesa tuvo más valor teórico que práctico, pues, en la práctica, se hicieron rodar las cabezas de aquella «Nobleza», pero inmediatamente la plaza fue ocupada por otra nueva. Ciertamente, en el plano teórico, la Revolución Francesa dejó plasmados los que se considerarían los «nuevos» valores⁵ sobre los que habría de sustentarse la época moderna, pero que, fíjate tú qué cosas, dejaban intacta la estructura de la pirámide.

A día de hoy, cuando la población mundial se eleva a casi seis mil millones de individuos, se calcula que más de la mitad del producto

4 La esclavitud en su formato antiguo, pues en nuestro tiempo no ha hecho más que adoptar nuevas formas.

5 Valores que, en realidad, no son tan nuevos, pues, aunque sin depurar, están implícitos en la idea básica del *bien común*.

interior bruto planetario está controlado por tan sólo trescientas familias. Ahí tenemos a la «Nobleza», a los «amos» del granero, cuyo grano hoy se llama dinero. El siguiente estrato está compuesto por los herederos de «los artesanos y los agricultores», títulos nobiliarios, castas militares y religiosas, «dueños» de la tierra, de los medios de producción, de los medios de educación, de información, del conocimiento técnico –hoy se llaman patentes–, etc. Ahí tenemos al «Pueblo», cuyos miembros conforman, también por práctica heredada, el grueso de la casta de los políticos, quienes, desde luego, se ocupan de los intereses del «Pueblo», pues la democracia es, en efecto, «el gobierno del pueblo». El quid de la cuestión está en que ni la mayoría de ustedes ni yo somos «Pueblo». Somos «Plebe». El estrato inferior de la pirámide. Y como tal, ni gobernamos nada ni delegamos ningún poder sobre los políticos, ya que éstos son los representantes del «Pueblo», y el poder que tienen no se lo ha delegado la «Plebe», sino la «Nobleza».

«¡Pero yo con mi voto decido! ¡Pero yo tengo unos derechos! ¡Pero yo puedo formar un partido político! ¡Pero yo tengo un piso! ¡Pero yo tengo una carrera!», me espetarán muchos de ustedes, indignados, al verse desprovistos por mis afirmaciones del estatus que suponían tener. Su indignación está justificada, sin duda, y en ella se origina una buena parte del sentimiento de engaño que nos ocupa. Pero les ruego que no lo paguen conmigo... Mantengan la mente fría y asuman el estrato de la pirámide al que en realidad pertenecen. Saber dónde estamos situados nos ayudará, por lo menos, a comprender, que ya es.

EL ESTADO

La Gran Sanguijuela. Derechos y deberes

En numerosas ocasiones, en charlas y tertulias, he afirmado –no sin cierta vehemencia, lo admito– que «El Estado no existe», a lo que mis interlocutores han respondido invariablemente con un levantar de cejas, siempre educado, pero siempre incrédulo; cosa lógica, por otra parte, porque tal afirmación, así, sin más, choca frontalmente con una realidad contundente y manifiesta a la que llamamos, precisamente, «Estado». En tales situaciones me he visto obligado a precisar, claro, las razones de mi afirmación, que, en realidad, debería enunciarla, más o menos, así: «Eso que llamamos ‘Estado’, no es lo que se supone que debería ser, es otra cosa que ha ocupado su lugar.» Y en cuanto ustedes devuelvan sus cejas a su posición habitual, trataré de explicarme.

En el momento que un grupo llega a un acuerdo, establece un *estado de las cosas*, un «reglamento», por simple que sea, que debe servir para hacer efectivo el acuerdo en los términos convenidos. Y para hacer efectivo el acuerdo, el grupo se va a organizar, se va a estructurar, de una forma u otra. A esta organización primigenia, a esta estructura, es a la que yo llamo *estado* (y lo dejaré en minúsculas en un gesto de humildad y para diferenciarlo del monstruo al que llamamos habitualmente «Estado»). Ese *estado*, no es más que una idea, un concepto que se materializa por encima de las cabezas del grupo –o a su alrededor, si les parece más cómoda y menos opresiva la imagen– en el mismo momento que se establece un acuerdo y que el grupo se organiza con el único propósito, repito, de hacer efectivo el acuerdo en los términos convenidos.

Volvamos con nuestros cavernícolas para observar tan fabuloso fenómeno.

Recordemos los términos del acuerdo: todos los miembros del grupo se comprometían a trabajar para asegurarse lo necesario para

la supervivencia, que no era otra cosa, en nuestra simple fábula, que alimento y cobijo. Obsérvese que, por arte de birlibirloque, aparecen ahí, automáticamente, las nociones de *deber* y *derecho*: todos y cada uno aceptan la obligación, el *deber* de trabajar para obtener lo que necesitan, lo que les corresponde a cambio según el trato, su *derecho*. El *estado de las cosas* exige a los componentes del grupo el cumplimiento de un *deber* y cada componente del grupo exige al *estado de las cosas* que su *derecho* se haga efectivo, se cumpla. Así, el *estado*, que no es más que el *estado de cosas acordado por el grupo*, reclamará a aquel que no contribuya, que no cumpla su parte; del mismo modo, cualquiera podrá reclamar al *estado* la comida y el cobijo que le corresponden por *derecho*, por haber cumplido su parte del trato. Por lo tanto, un *estado* que recogiera los frutos del trabajo realizado en cumplimiento del *deber* de los componentes del grupo, y que no proporcionara a los componentes del grupo el alimento y el cobijo que les corresponde, desmoronaría el *estado*, dejaría de ser el *estado de cosas acordado*, para convertirse en otra cosa, en *otro estado de cosas*, al que, tal vez, ya no llamaríamos *estado*; lo llamaríamos *abuso*, *engaño*, *trampa*, *error*... Llámesele como se quiera, pero, desde luego, no es el *estado* que emergió del acuerdo inicial. Es otra cosa.

Bien es cierto que me ahorraría todas estas disquisiciones simplemente cambiándole el nombre al concepto: donde digo *estado*, podría decir, por ejemplo, *acuerdo*, y así no chocaría con eso a lo que llamamos «Estado», y evitaría ese rechinar de dientes que le produce a mucha gente esta palabra con sólo oírla –lo cual no es de extrañar, por otra parte–. Sin embargo, con cambiarle el nombre no evitaría el problema, pues el grueso del grupo, la plebe, sigue «creyendo» que el Estado está ahí para proporcionarle su derechos a cambio del deber cumplido, cosa que dista mucho, una vez más, de lo que en realidad sucede. No cabe duda de que ahí hay algo, una estructura, una organización que nos reclama, nos exige, nos obliga –y por la fuerza nada menos– a entregar parte del fruto de nuestro trabajo, pero, que, desde luego, no hace efectivos nuestros «derechos»; los imprime en papel, los deja escritos, como una amable declaración de intenciones, pero no los hace efectivos. No puedo llamar Estado

a algo que, además de obligarme a trabajar, a entregar el fruto de mi trabajo, me obliga a trabajar aún más para entregar el resto del fruto de mi trabajo a «otros» que se dedican a **venderme** mis derechos. Y si no te llega, pues te jodes y punto. No es sorprendente, pues, que uno se acabe preguntando: ¿por qué debo mantener algo que se hace llamar «Estado» cuando es evidente que no es, que no cumple, el «estado de cosas acordado»? ¿Si pago impuestos, cómo es que tengo que pagar por el alimento y el cobijo (y la sanidad, y la educación, y los medios de comunicación, y...)? Me dirán muchos de ustedes que tenemos sanidad pública, escuela pública, medios de comunicación públicos, transportes públicos. Y yo les digo que ustedes no tienen más que aquello que al «Estado» le hace falta para **mantenerse a sí mismo** –es decir, para mantener intacta la estructura de la pirámide–. Para el «Estado», el grupo, la plebe, es como la bolsa de sangre para el que necesita de constantes transfusiones para vivir. He ahí su monstruosidad: para eso que llamamos «Estado», el grupo no es más que su fuente de alimentación, y sólo en esa medida invierte para mantenerlo con vida y en estado de docilidad. Usted no tiene la mejor sanidad; la mejor sanidad hay que pagarla aparte de los impuestos y se accede a ella desde los estratos superiores de la pirámide, que son los que tienen prioridad. Usted no tiene el mejor sistema educativo; el mejor sistema educativo está reservado a quienes están destinados a seguir «gobernando»; usted tiene, en el mejor de los casos, una «formación» –que no educación–, una carrera incluso, en la medida que es necesario que usted disponga de ella para desempeñar su papel de operario, para seguir produciendo y ocupando los cada vez más diversos puestos de la maquinaria de producción y de mantenimiento de la misma (¿cuántos de ustedes «estudiaron» una carrera como vía de obtener un trabajo? ¿cuántos se pueden permitir estudiar simplemente por tener conocimientos?). Los medios de comunicación no están a su servicio –están al servicio de los intereses de los dos estratos superiores de la pirámide–, ni usted puede disponer de su propio medio de comunicación, como se supone que tiene derecho. Usted, por no disponer, no dispone ni de techo bajo el que cobijarse; si lo quiere, ya sabe lo que le toca: hipoteca de por vida para pagar

a unos supuestos «dueños» ¡del suelo que pisamos! Nada de eso que usted llama «derechos» son tales más allá del papel en el que están escritos, porque usted, en la práctica, **no tiene modo de exigirlos**. Y un derecho, si no lo puedes exigir, ni es derecho ni es nada.

No me cabe duda de que, ante la cruda simpleza de lo que acabo de exponer, algunos me recomendarían que leyera ciertos libros y documentos para que yo me enterara de cómo el *estado* se convirtió en «Estado», como si haber sufrido tal o cual proceso justificara su monstruosa metamorfosis. Alguno he leído; qué duda cabe de que, de alguna manera, una cosa se convirtió en otra. Pero desentrañar todo ese proceso –que dejaremos como posible tarea para «académicos» en paro– no evita que el «engaño» sea tal: se nos hace trabajar por los principios del *estado* (bien común, deberes a cambio de derechos, igualdad, etc.) pero el «Estado» no cumple su parte del trato, carece de su **razón de ser original**. Al mismo tiempo, habrá quien, con lo expuesto, se frotará las manos y querrá entender que la conclusión es que hay que eliminar toda forma de *estado*. Pues tampoco es eso lo que quiero decir. Si he conseguido explicarme, comprenderán que, en cuanto nos sentemos a acordar algo, lo que sea, un *estado de las cosas*, mi humilde *estado*, aparecerá de nuevo, una y otra vez. De lo que se trata es de que el *estado* sea exactamente lo que es y sirva a quién tiene que servir y para lo que tiene que servir, ni más ni menos: el modo de llevar a cabo entre todos lo acordado entre todos. Y si no es así, no es *estado*. Es otra cosa, a la que pueden ustedes llamar como gusten y yo voy a bautizar, visto lo visto, como la Gran Sanguijuela.

DE IGUALDAD NADA, MONADA

Otro de los conceptos implícitos en el Acuerdo Original, que ha sido tergiversado y retorcido hasta el agotamiento –y al que el discurso oficial recurre prácticamente en cada frase que pronuncia– es el de «igualdad».

Como ya hemos señalado, en el momento en que nuestros cavernícolas constituyeron el grupo sobre la base del *bien común*, los miembros del mismo adquirirían, de forma automática, la categoría de *iguales*, aun sabiendo que todos y cada uno de ellos son individuos únicos y, por lo tanto, *distintos* unos de otros, con todo lo que eso conlleva. Aunque uno hubiera dedicado la dura jornada de trabajo a pelar estacas para chozas y otro a pescar peces a puñetazos en el río, al caer la noche, a la hora del reparto, la igualdad hacía acto de presencia, pues se trataba de una de las premisas del trato: **todos** trabajamos, luego **todos** comemos, **todos** tenemos choza en la que cobijarnos, etc. Por muy trogloditas que fueran, no era complicado entender que, aunque cada uno fuera único y distinto de los demás, compartían necesidades *iguales*, fundamentales para poder sobrevivir. El tipo de bicho que somos, nuestra especie, tiene unas necesidades que cubrir para seguir con vida, y como todos pertenecemos a la misma especie, por distintos y únicos que seamos, padecemos las mismas necesidades fundamentales. Eso es lo que nos iguala.

Para seguir revolviendo en este asunto, déjenme que utilice como símil, en esta ocasión, el conocido juego de tablero del *Monopoly*. Verán como enseguida comprendemos por dónde chirría la cuestión.

Por si no lo conocen, el *Monopoly* es un juego de compra y venta de propiedades en el que los jugadores dan vueltas alrededor de un tablero cuyas casillas representan calles, estaciones ferroviarias y compañías de energía, que pueden ser compradas y vendidas, hipotecadas y/o edificadas por los jugadores, de manera que, al caer

en una casilla que es propiedad de otro jugador, debe pagarse un alquiler. Además de las descritas, el tablero cuenta con una casilla de «Salida», una de «Cárcel», una de «Parque gratuito» (que permite estacionarse allí sin tener que pagar nada), una de «Vaya a la cárcel» (que envía al jugador directamente a la casilla de «Cárcel»), tres casillas de «Caja de comunidad» y tres de «Suerte» (casillas que permiten coger unas tarjetas con los mismos nombres y que, en resumidas cuentas, te obligan a pagar algo o a cobrar algo).

Bien. Al empezar el juego, cada jugador recibe un peón (cada uno de un color distinto) y una cantidad de dinero simulado idéntica. Al repartir los peones, ya podemos apreciar que todos tienen la misma forma, son *iguales*, salvo por el color: todos los jugadores son de la misma especie de los peones, pero cada uno es cada uno, cosa que queda representada por el color de cada peón. Es decir: se inicia la partida en **igualdad de condiciones** (mismo tablero, mismas reglas, misma cantidad de dinero simulado, mismos dados, etc.), siendo la única diferencia que cada uno es cada uno, cosa que no hay juego que pueda evitar –de momento–.

Estupendo. En cuanto empieza el juego, el color, la diferencia, no servirá para nada más que para identificar a cada jugador, pues las reglas (que son las que estipulan la organización y el funcionamiento del juego) se aplicarán **por igual** a todos los peones. Luego, durante el transcurso del juego, la pericia y la suerte de cada jugador influirán en los resultados que cada uno obtenga, desde luego, pero las reglas seguirán **aplicándose a todos por igual**: cuando un peón pase por la casilla de «Salida» cobrará una cantidad de dinero idéntica a la que cobrará cualquier otro peón al pasar por dicha casilla, tenga las propiedades y el dinero acumulados que tenga; cuando caiga en la casilla de «Vaya a la cárcel», irá a la casilla «Cárcel», tenga las propiedades y el dinero acumulados que tenga... O sea, al margen de la pericia y de la suerte de cada uno, el juego, el sistema, sus reglas, se aplican exactamente igual para todos, **sin excepción**. Al terminar la partida, podemos aplaudir al ganador, darle palmaditas en la espalda, admirarlo, incluso levantarle un monumento, pero no podemos, de ningún modo, concederle privilegios,

diferencias, **dentro** del juego, porque, de ser así, el juego, tal y como estaba formulado, acabaría siendo insostenible. Es como si, jugando al parchís, usted contara veinte casillas cuando se come una ficha contraria y otro contara cuarenta por la sencilla razón de que ganó la partida de ayer...

Pues bien, en nuestro Acuerdo Original, van implícitos los mismos fundamentos: todos somos peones y, ciertamente, cada uno, según su pericia, desarrollará unas actividades u otras, mejor o peor, pero, en cualquier caso, a la hora de comer, a la hora de obtener aquello por lo que se ha establecido el acuerdo, o se aplica la regla a todos por igual o el juego está herido de muerte. Aunque el peón azul sea más previsor que el verde; que el amarillo sea más afortunado; que el rojo sea más osado... todos juegan bajo la premisa de que el acuerdo debe cumplirse, de que el juego se mantenga. Y, si no es así, alguien se está aprovechando de los demás: en términos de juego, está haciendo trampas.

Hasta se me antoja ridículo tener que mencionar aquí ejemplos de lo que es evidente hasta para un niño de corta edad y los estudios sociológicos constatan día a día, cada vez con mayor precisión: en nuestro sistema actual, en nuestro juego, cosas como la igualdad de oportunidades, la igualdad ante la ley y otras supuestas «igualdades», que suenan igual de bien, son, sencillamente, mentira. Es más, las gráficas demuestran que lo que crece es, precisamente, la desigualdad. De salida, el solo hecho de nacer en uno u otro estrato de la pirámide determina tableros distintos, reglas distintas, posibilidades de supervivencia y de desarrollo distintas... Cuando se supone que deberíamos estar jugando al juego del *Bien Común* –no olvidemos que así se nos repite hasta el hartazgo–, a lo que se juega en realidad es al juego de *Perpetuar la pirámide*. En algún momento pretérito, se torcieron las cosas y se pasó de trabajar todos para todos a trabajar la mayoría para unos pocos. En algún momento, el reparto dejó de ser equitativo. En algún momento, algunos se atribuyeron privilegios que les permitían disfrutar de los beneficios del Acuerdo Original sin atender a las reglas básicas del mismo, es decir, quedando exentos de las reglas, sea eludiéndolas o modificándolas a su

conveniencia⁶. En algún momento, en resumidas cuentas, alguien empezó a hacer trampas. La pirámide y su mantenimiento se basa en un descomunal y permanente «hacer trampas». Corresponde a los estudiosos ilustrar con detalle este largo proceso de perversión del juego original, pero baste decir que tamaña trampa sólo pudo darse –y mantenerse– a base de un combinado de factores en el que se incluye tanto la propia psicología humana como el uso y el abuso de la fuerza y de la ignorancia ajena.

6 Las leyes se hacen y se modifican desde arriba, donde los grandes estafadores disponen de gabinetes de abogados carísimos. ¿Cómo es eso? ¿No es la ley igual para todos? ¿Por qué un gabinete de abogados más caro conseguirá lo que un abogado de oficio no conseguirá?

¡YO CON MI VOTO DECIDO!

Otras dos ideas que forman parte fundamental del discurso democrático oficial y que se prestan a confusión –por no decir directamente que son una farsa– son aquellas que afirman que uno con el voto decide y que los partidos políticos nos representan. Para escarbar en estas cuestiones, les ruego me acompañen de nuevo a visitar a nuestros antepasados.

Cuando decimos que en la Antigua Grecia se instaura la democracia, lo que estamos diciendo es que en la Antigua Grecia se instaura un procedimiento –más o menos pacífico– a través del cual la cúspide de la pirámide, la «Nobleza» hace frente al *conflicto de intereses* que le plantea el *demos*, el «Pueblo» (que no somos nosotros, recuérdelo). Para ello, ambos estratos sientan a la mesa a sus respectivos representantes e inician un tira y afloja, un enfrentamiento en defensa de sus respectivos intereses y posiciones en la estructura de la pirámide, una disputa que es la madre del enfrentamiento «derechas-izquierdas» que seguimos padeciendo hoy. A partir de ahí, a lo largo de la historia, la Política no es otra cosa que esa pugna, esa disputa, ese conflicto de intereses, en el que la Plebe no es más que paciente –de padecer– y mero espectador.

Debemos tener muy presente que tanto la Revolución Francesa como la Revolución Industrial y la Revolución Rusa no son más que esa disputa llevada hasta el extremo de las armas, disputa entre «Nobleza» y *demos* –que a partir de la Edad Media se conocerá como «burguesía» y que hoy en día identificamos con la borrosa expresión, aunque perfectamente ubicada en la pirámide, de «clase media»⁷–, en la que el papel de la Plebe se reduce, como siempre, al de «carne de cañón». No olvidemos tampoco la notable influencia que tuvo en tales revoluciones el discurso tomado de los pensadores de la Ilustra-

7 Se nos ha hecho creer que cualquier currante que gane 1.000 euros ya pertenece a la «clase media»...

ción, según el cual «la razón humana podía combatir la ignorancia, la superstición y la tiranía, y construir un mundo mejor.»⁸, discurso atractivo, sin duda, –sobre todo si estás en la parte más baja de la pirámide, soportando todo el peso y pagando los costes de la pelea–, pero que, a la hora de la verdad y una vez limpiada la sangre, dejaba intacta la estructura piramidal y la mecánica hereditaria en la que se basa. Contemplando el estado actual de las cosas, no puede uno dejar de preguntarse si aquella consideración del demos –burguesía, clase media– hacia la plebe se debía a un auténtico y elevado espíritu humanista e ilustrado o si, por el contrario, se trataba –se trata– de algo mucho más prosaico e interesado –pues de conflicto de intereses estamos hablando, no lo olvidemos–: a la plebe había que cuidarla un poco; después de todo tenía y tiene que trabajar en sus negocios y, sobre todo, tenía y tiene que comprar las mercancías producidas por sus negocios. Dicho crudamente, parecería como si, con el «derecho al voto» –y con toda la maraña legal–, lo que en realidad se conseguía era, por un lado, un procedimiento que evitara que rodaran más cabezas (sobre todo las suyas), al tiempo que asegurara la docilidad y la productividad de la Plebe, ofreciéndole la ilusión de tener capacidad decisoria, es decir, la de ser partícipes del «poder». Es como si se hubieran dicho entre ellos:

Mira, nuestra disputa va para largo y, al final, al populacho se le van a hinchar los huevos y mira lo que les ha pasado a esos... Les dejamos que voten y nos vamos turnando.

Si trasladamos todas estas oscuras posibilidades a nuestro actual juego democrático, obtenemos el formato de las dos grandes formaciones políticas, los dos grandes partidos, el de «derechas» y el de «izquierdas», enfrascados en su ancestral conflicto de intereses. Estas formaciones están compuestas y gestionadas, básicamente, por representantes de «nobles» y de «mercaderes» –obsérvese que los

8 Tomado de la «Wikipedia».

representantes de la «clase trabajadora» no son los partidos, sino los sindicatos⁹—, muchos de ellos dedicados a esa tarea de representación ya por tradición familiar (sin importar el tipo de régimen político que impere) y que, por supuesto, tienen parte, mayor o menor, en el «Negocio». Ciertamente, estos representantes están al servicio de sus representados, que no son la Plebe, sino los grandes acumuladores de riqueza, el estrato más alto de la pirámide, que se encuentra por encima del Estado y detrás de todo el juego político. En ese estrato es donde, en realidad, se toman las decisiones, que serán trasladadas a los representantes, y éstos se encargaran de hacerlas efectivas, de una forma u otra, utilizando la maquinaria de gestión de la Gran Sanguijuela (que incluye al sistema «educativo» y a los medios de comunicación, la propaganda, no los perdamos de vista). Cuando una cuestión llega a las urnas, el pescado está más que vendido, por no hablar de la ingente cantidad de pescado que se pone en la mesa sin que se consulte absolutamente nada. ¿Fue usted quien decidió que los cargos políticos tengan jugosas pensiones vitalicias, por ejemplo? ¿Decidió usted que la vivienda dejara de ser derecho fundamental para convertirse en un lujo, por ejemplo? ¿Decidió que su país fabrique armas para vendérselas a países subdesarrollados, por ejemplo? Tanto la toma de decisiones como la formulación y el diseño de las leyes se produce de arriba hacia abajo y tienen como objetivo último mantener intacta la estructura de la pirámide, que el «Negocio» funcione. Si volvemos al ejemplo de las elecciones sobre Europa que utilicé al principio, la decisión estaba ya tomada: había que crear la Unión Europea (que es, fundamentalmente, unión económica). Y se crea la Unión Europea sean cuales sean los resultados de las elecciones en los distintos países implicados. Si el resultado

9 La propia existencia de los sindicatos es prueba de la no representación del trabajador en el juego democrático. Y la existencia de algo llamado «la patronal», es prueba de que hay otros poderes al margen del juego democrático. Si los representantes de la «patronal» y de los «trabajadores» están en grupos que no son partidos políticos, los que hay en el Parlamento ¿a quién demonios representan?

no se corresponde con lo esperado, se sigue negociando hasta que se corresponda, pero no hay marcha atrás posible.

Resumiendo: las decisiones se toman arriba –por encima de la Gran Sanguijuela–; en medio, los políticos, los gestores de la Gran Sanguijuela, se parten la cara para hacer efectivas aquellas decisiones del mejor modo para los intereses particulares de cada facción, preocupándose, claro está, de que abajo nos traguemos lo que nos echen, de un modo u otro, sea por medio de la propaganda, sea «por ley», que es el modo «civilizado» de decir «por la fuerza». Podemos despotricar y patalear un poco, eso sí, siempre y cuando el flujo de riqueza siga su curso y la estructura y el funcionamiento de la pirámide no se vean amenazados.

En definitiva, cuando vamos a votar lo único que hacemos es atender a un ritual, como ir al fútbol, rito en el cual no tenemos otro papel que el de fervorosos espectadores que con sus gritos de aliento esperan que gane *su* equipo, que, por otra parte, tampoco es de nuestra propiedad; lo pagamos, de un modo u otro, pero no nos pertenece. Todo lo que elegimos, al igual que en el juego democrático –y siempre bajo los efectos de la propaganda–, son los colores de una camiseta, un estilo de juego, una supuesta forma de ser con la que identificarnos, con la que alimentar la ilusión de que también jugamos, olvidándonos de que lo que para nosotros es rito, es, al mismo tiempo, un gran negocio que nosotros únicamente consumimos... Ni decidimos las reglas del juego, ni los sueldos de los implicados, ni los precios de las entradas, ni nada de nada. Aplaudimos o abucheamos. Y, por supuesto, pagamos. Nada más.

El discurso oficial nos dirá que, si queremos decidir, siempre podemos formar un partido político, que es como si dijéramos, siguiendo con el símil del fútbol, que siempre puede ir usted con sus amigos al parque más próximo a darle patadas a una pelota. Salvo como anécdota, no tendrá ningún efecto en la Liga Profesional, pero, al menos, estaremos entretenidos un rato.

En el verdadero juego político no se entra así como así, ya sea a título individual o, mucho más complicado, como nueva «formación política». No podemos dejar de tener en cuenta que estamos hablan-

do de unos estratos de la pirámide formados por grandes familias, grandes clanes, que han ido heredando las riquezas y la posición a lo largo de la historia. Y, como bien sabemos, para pasar a formar parte de una familia que no es la tuya, no depende únicamente de que uno así lo quiera; depende, ante todo y sobre todo, de que dicha familia «te adopte». Ciñéndonos a la definición que el diccionario de la Real Academia Española proporciona del término «mafia» (en su tercera acepción: «Grupo organizado que trata de defender sus intereses.»), podríamos recomendar el visionado de la película *Uno de los nuestros*¹⁰ para ilustrar, entre otras cosas, el procedimiento a través del cual los grandes partidos –es decir, las grandes familias, los grandes clanes– alimentan sus filas con miembros que no pertenecen inicialmente a sus líneas directas de «parentesco». Como en dicha película, a ciertos jóvenes del barrio, lo bastante despabilados y lo bastante hastiados, se les deja caer una oferta tentadora: *¿Quieres trabajar en el ayuntamiento? Afílate al partido. Hazme caso. Así han empezado muchas carreras políticas, con un «trato» por el cual la «familia» cuidará de ti, siempre y cuando tú estés dispuesto a hacer lo que la «familia» te ordene, sin rechistar; por el «bien de todos», claro, pero, sobre todo, por el «bien de la familia». A partir de ahí, si se acepta la oferta, y como en las películas de gánsters, las posibilidades del individuo para ascender dentro de la jerarquía familiar vendrán marcadas por la entrega, la fidelidad y los servicios prestados al partido, a la «familia». De este proceso de selección, es curioso observar cómo los seleccionados se convierten en los más fieros y fieles defensores de sus benefactores. Es bien sabido que los opresores más implacables son aquellos que alguna vez fueron oprimidos, fenómeno que la plebe refleja en dichos como: «Si quieres conocer a Manolillo, dale un carguillo» o expresiones como: «El cargo se le ha subido a la cabeza».*

En el caso de que uno considere que no quiere servir a una de las «familias» predominantes, puede intentar crear la suya propia, su

10 *Goodfellas* (Martin Scorsese, 1990).

propio partido. También las películas del género mafioso nos ilustran sobre lo que sucede cuando una nueva facción pretende hacer negocio en la «zona» de uno de los grandes clanes. Para tener alguna posibilidad, la nueva formación debe disponer de una «cantidad de poder» lo bastante significativa como para conseguir entrar en la pugna, en el conflicto de intereses. Esta cantidad de poder incluye, fundamentalmente, la suficiente riqueza –dinero, negocios, propiedades, etc.– y, sobre todo, influencias, capacidad de influir. En la gran pantalla, tal capacidad de influencia se mide, muchas veces, por la cantidad de pistoleros que se tengan en nómina. En nuestra «civilizada» realidad, la capacidad de influencia viene determinada por la cantidad de mercaderes, de leguleyos, de periodistas y de «reconocidas figuras del mundo del arte y de la cultura»¹¹ dispuestos a secundar la nueva propuesta.

Tener más o menos afiliados no es que importe gran cosa: según datos recogidos en el año 2008, los dos grandes partidos en España, por ejemplo, no cuentan más que con un millón de afiliados ¡entre los dos!, lo que, sobre una población de casi 47 millones de habitantes, significa una «representación» del... ¿0,47%? Lo que cuenta es la «cantidad de poder», su capacidad de influencia. De no ser así, todo lo que conseguirá es que una papeleta con el logotipo de su partido adorne las mesas electorales, contribuyendo a la ilusión de la «pluralidad» y de la «participación». En las películas, a las nuevas facciones se las suele eliminar; en nuestro juego político, sencillamente se las ignora –los propios medios de comunicación contribuirán a ello sin pudor alguno–, al margen de que sus propuestas sean más o menos razonables, pues, recordémoslo una vez más, no se trata de un conflicto de ideas, de tener más o menos razón, se trata de un conflicto de intereses. Si usted tiene la solución a los problemas del mundo, será mejor que con ella no ponga en tela de juicio o atente contra la estructura de la pirámide; de lo contrario, está usted condenado.

11 Artistas e intelectuales de todo pelaje, sean reales o supuestos, ya saben...

PRIVILEGIOS, ABUSOS Y OTRAS TRIQUIÑUELAS

La semilla de la corrupción

Con lo apuntado hasta el momento, si algo podemos afirmar es que, a pesar de la «sencillez» del Acuerdo Original, en algún momento pretérito se torcieron las cosas. Como hemos podido intuir al husmear en el concepto de igualdad, al parecer, a poco que se estableció una mínima organización –lo cual implica reglas del tipo y calibre que sean– empezó a hacerse efectivo aquello de «hecha la ley, hecha la trampa». Vale la pena que removamos un poco más, sazizando con imaginación, en las primordiales circunstancias que pudieron deformar el juego del *bien común* –no olvidemos que, sobre el papel, nuestro sistema social dice seguir basándose en sus principios– hasta convertirlo en la monstruosa estructura piramidal –y *desigual* por definición– que venimos arrastrando hasta nuestros días.

En nuestra fábula cavernícola vimos que, para hacer frente a la necesidad, tuvieron que organizarse de algún modo, repartiendo las tareas, por pura lógica, en función de las habilidades y destrezas de cada cual. No cabe duda de que cada actividad humana tiene sus técnicas, sus exigencias y sus requisitos particulares: no es lo mismo tener que vérselas con un mamut que con un cocotero, como no lo es dominar las artes del cultivo de los tubérculos que dominar las artes del curtido de pieles, por ejemplo. No requiere lo mismo tejer una cesta que resolver un problema de dinámica de fluidos. Sin embargo, cada una de esas actividades tiene su mérito y sirven, en la parte que les toca, para cubrir las necesidades del grupo. Es lógico que se establecieran las condiciones necesarias para que cada actividad se realizara del mejor modo posible: el que tuviera que correr todo el día tras el gamo debería descansar lo necesario para que, al día siguiente, pudiera volver a correr en óptimas condiciones tras la presa. Del mismo modo, el cestero necesitaría que el herrero le proporcionara buenas gubias, para lo cual éste necesitaría estar provisto del nece-

sario mineral. Y así sucesivamente. Está claro, pues, que, al repartir las tareas, cada actividad conllevaría, necesariamente, una serie de requisitos específicos, una serie de obligaciones y condiciones específicas. Lo que ya no está tan claro es que, a la hora de la verdad, a la hora de hacer efectivo el acuerdo, a la hora del reparto, se tuvieran que utilizar tales requerimientos específicos para beneficiarse «abusivamente» del reparto. Otro ejemplo: si los que corren tras el mamut consumen más energía, es lógico que consuman más alimento, pero nunca si eso significa dejar sin comer a alguien. Del mismo modo, si necesitan más alimento, eso no les convierte ni en distribuidores del alimento, ni en almacenadores del alimento y, ni mucho menos, en dueños del alimento. Dicho de otro modo: una cosa es que a cada mérito (o sea, a cada tarea realizada efectivamente) se le proporcione lo necesario y otra muy distinta que el mérito signifique automáticamente privilegios a costa de los demás, signifique crear diferencias **dentro** del tablero de juego, de los términos del acuerdo. Pero eso es precisamente lo que sucedió...

Se puede entender que los comportamientos destacados y meritorios fueran objeto de la gratitud, del reconocimiento, del aplauso del grupo; y que, si esos méritos se repetían, los aplaudidos acabarían ganándose cierta autoridad, cierto grado de respeto, cierta **distinción**, entre sus congéneres. Esto incluye incluso a aquel que se pasaba el día pintando paredes con barro de colores o se pasaba la noche en vela lanzando huesecillos en el suelo, leyendo entrañas de animales muertos, echando hierbas malolientes al fuego o contemplando absorto las estrellas con la esperanza de averiguar de qué humor se despertarían al día siguiente las potencias divinas y cómo afectaría eso a la supervivencia del grupo. No, el problema no son los méritos, su reconocimiento o la distinción que de ello se derive. El problema se presenta cuando tal distinción se utiliza para justificar el incumplimiento del acuerdo primordial, para «hacer trampas». En el juego de la organización humana, la dificultad estriba, precisamente, en articular la desigualdad intrínseca de los individuos (y con ella sus grados de originalidad, de diversidad, de creatividad, de iniciativa, de aptitudes, etc.) con la igualdad intrínseca del juego, del Acuerdo Original. En tér-

minos de tal acuerdo, en términos de grupo, usted puede ser el más listo de la clase, puede ser una eminencia, y nosotros podemos pasearlo a hombros por ello; pero, si por su excelencia, usted come y yo no, maldita sea su eminencia. De hecho, si tan excelente es, depende de usted más que del simple que en el juego no se hagan trampas. El mérito, la excelencia se torna problema cuando se utiliza para obtener privilegios a costa de los demás. En términos del juego, es un error conceder mayor porción del reparto al arquitecto que al que pone los ladrillos, o al que hace el pan que se come el arquitecto o al que ordeña la vaca que da la leche que se bebe el arquitecto. Claro que el ser humano necesita que sus méritos sean reconocidos, incluso recompensados; pero tal reconocimiento, tal recompensa debe tener lugar **fuera** de la esfera del acuerdo original, sin afectar a sus fundamentos. Si no, el juego está herido de muerte. Si el «excelso» no es capaz de aceptar tal principio fundamental, entonces, en términos de grupo, no es tan «excelso»: es un «incapaz» que, por intrincadas razones de la psicología humana, sólo está dispuesto a usar sus habilidades para su propio beneficio y a costa de los demás.

Volviendo a echar mano de una insolente y deliberada sencillez, podríamos decir que, en algún momento pretérito, algunos «listillos»—tontos no eran, desde luego— optaron por valerse de sus capacidades y de su posición dentro de aquel organigrama primigenio y, sirviéndose del reconocimiento, del aplauso, de la autoridad y del respeto genuinos concedidos por el grupo, se las ingeniaron para situarse al margen de la regla general, más allá de la regla, **por encima** de la regla —¿pueden apreciar como aflora la futura cúspide de la pirámide?—. Hay que reconocer, insisto, la astucia de la maniobra: con el discurso del acuerdo original como telón de fondo, o sea, con el discurso del *bien común*, se modifican las reglas y su aplicación para beneficio propio, para *bien particular*. Sin embargo, esta maniobra supone que el «listillo» sustenta su proceder, justifica la trampa, diciéndose algo como:

Qué bueno soy. De hecho, soy el mejor. Y por ello, merezco MÁS que el resto. Además, como YO soy el mejor, lo mejor que le puede pasar al

resto, a estas gentes que son mis congéneres, es que YO me siga encargando de todo, del modo que YO crea conveniente, que para eso soy el mejor. Que YO esté en las mejores condiciones posibles es lo mejor que les puede pasar. Si para ello es necesario que alguno se quede sin su parte, incluso que muera, siempre será preferible a que YO sufra cualquier tipo de percance. YO debo prevalecer.

Hoy en día, si usted, miembro de la plebe, se presentara en cualquier sitio haciendo gala de semejante megalomanía –que significa «manía o delirios de grandezas»–, se le diagnosticaría de inmediato una patología mental y se le invitaría amablemente a someterse a tratamiento psiquiátrico. Sin embargo, y visto lo visto, en su momento, tal formulación resultó tan infecciosa como la más virulenta de las enfermedades, pues a las filas de los «elegidos» se sumaron de inmediato –o fueron hábilmente invitados– los portadores de las lanzas y vigilantes del granero, así como los interlocutores de las potencias divinas, quienes, en sus esotéricas lecturas de huesecillos, de entrañas, de estrellas y de lo que hiciera falta, no tardaron en interpretar la voluntad divina que legitimara aquel cambio de planes. Es decir, la sumisión de la mayoría aprovechándose de la fuerza y de la ignorancia. Con el control de la fuerza física y el control del acceso al conocimiento –cuanto más ignorantes, más fáciles de manejar–, pasar de ser «servidores» a «ser servidos», de gestores a amos, había un paso. La autoridad, el respeto, el reconocimiento derivados del mérito ya no se ganan: se exigen. Y una vez instaurados tales privilegios, ¿qué mejor manera que la herencia para asegurar la continuidad del designio de los dioses, evitando así su ira?:

Si YO soy divino, amo y señor, mis hijos también; y los hijos de mis hijos; y los hijos de mis hijos de mis hijos... Y el que diga lo contrario tendrá que vérselas conmigo (y con los señores de las lanzas, que son amigos míos).

La corrupción estaba servida.

Para acabar de ilustrar este espinoso asunto, permítanme, una vez más, que recurra a un ejemplo de corte lúdico.

Seguro que conocen el juego del fútbol. Da igual que les guste o no. En el fútbol, dos equipos, el x y el y, se ponen frente a frente con la misión de llevar el balón hasta el fondo de la red contraria en más ocasiones que su adversario. Bastará con que nos fijemos en uno de los equipos.

El equipo x (el grupo, en el queda incluido el cuerpo técnico) salta al terreno de juego para conseguir un objetivo (meter más goles), para lo que tendrá que hacer frente a un problema (el equipo y) que se plantea en un campo de determinadas características y con un reglamento determinado (la circunstancia). Bien. Antes de pisar el césped, el equipo x (al igual que el equipo y), para lograr el objetivo, ha estudiado el problema, teniendo en cuenta y ciñéndose a la circunstancia. Bien. Si usted tuviera que hacer la alineación del equipo, ¿a quién pondría en cada posición? ¿A quién pondría de portero, de defensas, de mediocampistas, de delanteros?

Se puede comprobar fácilmente –hagan la prueba– que la respuesta a esta pregunta, incluso en niños de corta edad o en personas que no son aficionadas a este deporte, es siempre la misma: cualquiera alinearía a **los mejores**. Si dudar, empiezan a enumerar a aquellos jugadores que consideran los más apropiados para cada puesto. Y se realiza este proceso de selección al margen del equipo local en el que los jugadores militen, de que provengan de una reputada escuela de fútbol o de las calles de cualquier barrio de cualquier lugar del mundo; da igual si son más guapos o más feos, si tienen más estudios o menos, o si son hijos de Fulano o de Mengano. Lo que importa es que sepan hacer lo que tienen que hacer. Sin embargo, aunque sea poca o ninguna la afición que se profese a este juego, cualquiera se da cuenta enseguida de que no basta con tener a los mejores jugadores, ya que lo que requiere la circunstancia es tener **el mejor equipo** (el mejor grupo). Son innumerables los casos en los que se reúne a once jugadores excelentes y, a pesar de todo, el equipo no funciona, no cumple su misión, no resuelve el objetivo; es decir: el equipo pierde. En una dinámica de equipo (de grupo), el mejor jugador es aquel que,

además de hacer lo que tiene que hacer en su posición, es capaz de hacerlo «sacrificándose» para el equipo, aunque ello signifique que «se le vea» menos. Sólo los auténticos grandes jugadores son capaces de hacerlo; son aquellos que, sabiéndose excelentes, «ceden» lo que sea **necesario** por el bien del equipo (el *bien común*), y, por supuesto, son los primeros en ceñirse a las exigencias de trabajo que el buen funcionamiento del equipo requiera. Al fin y al cabo, saben que, si el equipo gana, también ellos participarán de la gloria. Y, lo que es más, se ganarán el respeto y el reconocimiento como **individuos**. En el momento que algún tipo de megalomanía se asiente en la estructura de equipo y derive en privilegios de cualquier tipo, el «abuso de poder» hará acto de presencia, desequilibrando, deteriorando el delicado mecanismo de funcionamiento del sistema, que empezará a resquebrajarse, a fallar, a dejar de ser efectivo a la hora de resolver el problema.

Y ahora vamos a llevarnos otro par de disgustos, me temo.

Por un lado, resulta que, desde nuestros entrañables cavernícolas hasta nuestros días, con el *bien común* como telón de fondo, venimos atendiendo a la misma lógica que nos llevaría a elegir a los mejores jugadores para formar nuestro equipo ideal, ya que seguimos aceptando sin vestigio de duda que para resolver con eficacia los cada vez más complejos problemas que el *estar* y el *bien-estar* de la especie plantea no queremos a cualquiera: queremos a aquellos que en cada circunstancia demuestren contar, **realmente**, con las capacidades necesarias para hacer frente a la situación. Queremos a **los mejores**. Y destaco el «realmente» porque, en el momento que se inician las trampas, en el momento que el juego se pervierte las capacidades necesarias pasan de ser reales a ser supuestas. En el juego amañado, el mérito –y la autoridad y el reconocimiento que de ello pudieran derivarse– no se alcanza: se hereda y/o se compra. Dicho de otro modo: donde debería haber las mejores capacidades demostradas, mérito efectivo, lo que hay es privilegio heredado, comprado y conservado por la fuerza. En el juego corrompido, la prioridad no es, ni mucho

menos, la capacidad efectiva para el cumplimiento del acuerdo original. La prioridad es el «estatus», conservar la posición de privilegio, caiga quien caiga. La sustitución de los criterios de capacidad –sabiduría, inteligencia, conocimiento, destreza, aptitud, etc.– por los de linaje y riqueza dieron –dan– lugar a formas de gobierno como la monarquía hereditaria, la oligarquía (gobierno de grupos de interés), la timocracia (gobierno de los honorables)¹², la plutocracia (gobierno de los ricos) o la democracia (que ya sabemos de qué va). Obsérvese, ya de paso, que lo que padecemos en realidad bajo el nombre de «democracia» es un combinado de todas esas formas de gobierno: monarcas, grupos de interés, honorables, ricos y burguesía.

12 Téngase en cuenta que dicha «honorabilidad» viene dada por el capital, las propiedades poseídas y la gloria militar, sin las cuales no se puede participar en este tipo de gobierno.

CORRUPCIÓN HASTA LA ESTUPIDEZ

corromper.

(Del lat. *corrumpĕre*).

1. tr. Alterar y trastocar la forma de algo. U. t. c. prnl.
2. tr. Echar a perder, depravar, dañar, pudrir. U. t. c. prnl.
3. tr. Sobornar a alguien con dádivas o de otra manera.
4. tr. Pervertir o seducir a alguien.
5. tr. Estragar, viciar. *Corromper las costumbres, el habla, la literatura*. U. t. c. prnl.
6. tr. coloq. *Ar.* y *Nav.* Incomodar, fastidiar, irritar.
7. intr. Oler mal.

corrupción

4. f. *Der.* En las organizaciones, especialmente en las públicas, práctica consistente en la utilización de las funciones y medios de aquellas en provecho, económico o de otra índole, de sus gestores¹³.

Hace unos dos o tres años, saltaba a los medios de comunicación la «noticia» de que un político pudiera haber cobrado una comisión del 3% a la hora de adjudicar unas obras públicas. Una vez más, el revuelo que se formó entre la clase política y en los medios de comunicación –rasgándose las vestiduras y poniendo el grito en el cielo ante las cámaras, expresiones severas, rostros afectados por la preocupación...– chocaba frontalmente con la reacción del ciudadano de a pie, al que si algo le sorprendía era, precisamente, tanta pantomima por parte de los políticos y de los medios: ¿a qué venía tanto aspavien-

¹³ *Diccionario de la Lengua Española* (Real Academia Española).

to? ¿Que un político se estaba aprovechando de su cargo? ¡Pues vaya novedad! La noticia habría sido que, por una vez, no hubiera sido así. Incluso en los círculos empresariales del negocio inmobiliario y de la construcción se morían de risa: ¿comisiones del 3%? ¡Qué ridiculez! ¡Ojalá sólo fueran de un 3%! ¡Si sabrían ellos cómo funcionaba el asunto de las comisiones! En resumidas cuentas, para el común, si había algo de novedoso en todo aquello era que se hubiera hecho público, pues, por lo demás, aquello era «Como siempre, como toda la vida».

Podríamos deleitarnos con los numerosos casos de corrupción que se han ido destapando desde entonces, y más a partir de la crisis económica que conmociona al mundo en estos precisos instantes, pero sería recrearnos en las purulencias superficiales de una herida mucho más profunda. Por otra parte, seguramente muchos de ustedes conocen casos de corrupción que dejarían a la altura del betún a los que yo pudiera comentar. Después de todo, como dice el populacho, sólo nos enteramos de los casos perpetrados por los más tontos... La herida, como digo, es mucho más profunda: la corrupción que nos afecta no es un fenómeno puntual, es endémica, o, usando una expresión muy de moda, «inherente al sistema». Dicho de otro modo, la pirámide social en la que vivimos se basa y se mantiene a base, precisamente, de corrupción, pues, como hemos visto, se encuentra su origen en la perversión, en la depravación de la idea del *bien común* —aunque sea como resultado de un comportamiento patológico—. Teniendo esto en cuenta, que la corrupción haya alcanzado la categoría de rasgo cultural, de costumbre social, no tiene nada de extraño; la infección, una vez iniciada, se extiende como reacción a una circunstancia que podríamos resumir así:

El trato no se cumple. Mientras yo paso penurias, tengo por encima a unos señores, a los que debo servir y entregar el fruto de mi trabajo —o sea, mi tiempo vital—, a los que nos les falta de nada, que se apropian de lo que se les antoja y que cuando la regla no les conviene se la saltan impunemente o la modifican a su conveniencia. Que alguien me explique por qué me tengo que «sacrificar» yo por ellos. Para que se lo coman ellos, me lo como yo.

Dicha reacción se acentúa cuando los aprovechados, además de violar el acuerdo, ni siquiera dan muestras de aquellas capacidades excelentes que pudieran justificar de algún modo su exención de la regla, cosa de lo más habitual en un mecanismo basado en el supuesto mérito heredado, comprado y mantenido por la fuerza. Cuando uno constata que el sudor de su frente es utilizado para cualquier cosa menos para cumplir el acuerdo, acaba amparándose en ese «Para que se lo coman ellos, me lo como yo».

Dado cierto grado de miseria, adoptar el modelo corrupto puede convertirse incluso en una cuestión de supervivencia. Obsérvese, por ejemplo, lo que sucede en el caso de lo que conocemos –en otro ejercicio de fabulosa hipocresía– como «mafias ilegales», que suelen brotar y asentarse en zonas asoladas por la necesidad. Tales organizaciones no hacen otra cosa que reproducir el sistema mafioso en el que se basa la pirámide social: una cúpula rodeada de sicarios, dedicados a mantener su clan, su negocio y sus posiciones a cualquier precio, valiéndose de la herencia, el soborno y la coacción en cualquiera de sus formatos para cumplir sus objetivos. De hecho, es tal el grado de mimetismo, es tan fiel la reproducción de los procedimientos que, a día de hoy, cuando alguien intenta seguir la ruta del dinero y de las actividades de las «mafias ilegales», la línea divisoria entre lo «legal» y lo «ilegal» se difumina hasta desaparecer: el dinero procedente de actividades ilegales parece ser igual de bueno para los bancos, para los paraísos fiscales, para comprar espacio público, medios de comunicación, o para invertir en negocios, en política o cualquier otra actividad perfectamente legal. Las cantidades de dinero que mueve el tráfico de armas o el narcotráfico, por poner dos ejemplos harto evidentes, es de tal envergadura que la economía mundial se desplomaría si cesaran sus actividades fraudulentas.

Sea como fuere, ni siquiera es necesario que se den condiciones de miseria para que el germen de la corrupción se torne fecundo. Al fin y al cabo, todos queremos estar mejor, tender del *estar* al *bienestar*, lo cual es lícito. Lo que ya no lo es tanto es que esa mejora se produzca a costa del empeoramiento del resto. Así que, contando

con esa tendencia humana, es fácil imaginar cómo pudo instaurarse la «ley del soborno»:

Mira, tú me secundas y te proporciono mejor choza, más ración de alimento, más mujeres. Pero si yo digo «blanco», es «blanco» sin rechistar.

Aplíquese ese sencillo principio donde se prefiera. A partir de ahí, es cuesta abajo. La oferta sólo podía hacerla el que acumulaba la riqueza. A medida que las estructuras sociales se hacen más complejas, mantener el tren de vida y la cada vez más extensa cadena de sobornos da lugar a un constante incremento de los costes, luego la cúspide de la pirámide tiene que succionar más riqueza... ¿Succionar más riqueza? ¿De dónde? Pues de dónde va a ser, de donde siempre: de abajo. Pero sucede que, al estrato inferior, al succionado, al que todo lo paga y al que todo se le vende, cada vez le cuesta más mantenerse con vida... Y ahí empieza la estupidez: bajo la «ley del soborno», el mecanismo de succión, incapaz de detenerse, sigue succionando aunque eso le signifique agotar la fuente de su sustento. Es como una bestia que no puede parar de chupar, pues es su naturaleza, aunque con ello reviente...

De hecho, a mi entender, el actual fenómeno de «crisis económica», no es otra cosa que el resultado de la aplicación sistemática de la perversa mecánica piramidal que trato de exponer. Los intentos de solución están resultando vanos –y seguirán siéndolo, me temo–, pues, en esencia, siguen basándose en el mismo principio que provoca el problema: seguir succionando de abajo hacia arriba, aunque abajo ya no quede nada que succionar. Nadie se atreve a plantear que el problema pueda encontrarse por encima de las puras mecánicas de mercado –construidas también en clave piramidal, claro–; nadie se atreve a plantear la posibilidad de que nos encontremos ante una infección mortal de una estructura social basada, precisamente, en la corrupción, en la trampa. Nadie quiere soltar la ubre, ceder la poltrona o un milímetro de estatus; nadie quiere –o es capaz de– plantearse que él pueda formar parte del problema, aunque ello pueda derivar, a estas alturas, en un estrepitoso desmoronamiento de todo

el tinglado. No hay gobierno, ni partido político que pueda enmendar tal situación, pues no hay gobierno ni partido político que no esté sometido a la servidumbre impuesta por la corrupta ley de la pirámide. Como dice la Sra. Pepa: «Todos están en el ajo». Así, la corrupción se extiende hasta cualquier rincón donde, de forma directa o indirecta, se pueda chupar de la ubre, obtener algún beneficio, o trepar, sea con influencias o a golpe de machete, un desesperado milímetro que aleje de lo más bajo de la pirámide. O aceptas la trampa, el engaño, o ya sabes lo que te toca: seguir escupiendo barro.

Con todo, el meter la mano en el cajón del dinero, enchufar a un cuñado, aprobarle el examen a una joven amante o gastarse el dinero público en irse de putas son, tristemente, ejemplos de las expresiones más pueriles de la corrupción. Es mucho más grave la corrupción que dicta leyes a conveniencia; la que comercia con la vida y los supuestos derechos de las personas; la que lleva a mantener continentes enteros en la más absoluta de las miserias para poder saquear sus materias primas sin la menor oposición; la que habla de Derechos Humanos mientras alimenta industrias de armamento, trafica con medicamentos o blanquea dinero provenga de donde provenga; la que mercadea con el conocimiento, la información, sobornando y coaccionado a la mismísima razón hasta convertirla en una esperpéntica buscona...

MIEDO E IGNORANCIA

La argamasa de la pirámide

«Un populacho culto y bien informado siempre buscará la libertad y la justicia, precisamente las únicas cosas que los tiranos no pueden permitirse darle.»¹⁴

engañar. (Del lat. vulg. **ingannāre*, burlar).

1. tr. Dar a la mentira apariencia de verdad.
2. tr. Inducir a alguien a tener por cierto lo que no lo es, valiéndose de palabras o de obras aparentes y fingidas.
3. tr. Producir ilusión, sobre todo óptica¹⁵.

Miedo

El miedo o temor es una emoción caracterizada por un intenso sentimiento habitualmente desagradable, provocado por la percepción de un peligro, real o supuesto, presente, futuro o incluso pasado. Es una emoción primaria que se deriva de la aversión natural al riesgo o la amenaza, y se manifiesta tanto en los animales como en el ser humano¹⁶.

Para que un engaño se sostenga, es absolutamente necesario que se cumpla una condición: que el engañado no conozca, **no sepa**;

¹⁴ *Breve historia del saber. La cultura al alcance de todos* (Charles Van Doren, 1991).

¹⁵ *Diccionario de la Lengua Española* (Real Academia Española).

¹⁶ *Wikipedia* (2010).

es decir, el engaño se basa en la ignorancia del engañado. Por otro lado, la ignorancia, el desconocimiento, lo que no conocemos es la fuente que alimenta a una de las emociones más básicas, inhibitoras y paralizantes que puede padecer el ser humano: el miedo. Para nuestra especie y su inquisitivo intelecto, todo misterio, todo enigma que pueda plantearnos nuestra circunstancia, exige una respuesta –sea ésta más o menos acertada– que nos permita evaluar los riesgos que el problema pueda plantear a nuestra supervivencia. Ante la ausencia de explicación, ante lo desconocido, el miedo nos invade y atenaza, obligándonos a correr en busca de refugio, en busca de cualquier cueva en la que acurrucarnos temblorosos. Es tal nuestra necesidad de explicaciones que mitiguen nuestro miedo que, cuando no damos con ellas, nos las inventamos. Tenemos pruebas sobradas de que durante la mayor parte de la historia humana conocida nos hemos explicado los misterios y los fenómenos del mundo –y hemos calmado nuestros miedos– a base de dioses y de su caprichosa voluntad. De hecho, esas «soluciones» imaginativas siguen vigentes en pleno siglo XXI, en el que una parte significativa de la población mundial –lo que incluye a miembros de cualquiera de los estratos de la pirámide– sigue echando mano de divinidades invisibles para explicar y justificar el mundo en el que vivimos. Dicho de otro modo, una de las respuestas más recurrentes al porqué de las cosas ha sido –y sigue siendo en muchísimos casos– «la voluntad divina». O sea, las cosas son como son y pasa lo que pasa porque los dioses, de una u otra catadura, así lo quieren.

Cuando, a lo largo de las páginas anteriores, he hablado de «coacción», es fácil que usted haya pensado primero en aquella que se produce a través de la fuerza física; es decir: tenemos ahí unos señores con lanzas que empezaron protegiendo el granero, luego pasaron a proteger también a los que se adueñaron del granero y acabaron convertidos en una especie de matones a sueldo dedicados a hacer cumplir los dictámenes de los amos. Sin embargo, no menos efectiva es la coacción derivada del miedo a lo desconocido, del miedo basado en la ignorancia:

¡Aaah! ¡Pobres de nosotros! ¡Los dioses desencadenarán todo tipo de desgracias sobre la tribu y nos fulminarán con sus rayos si no atendemos a su voluntad!... Así que vayan pasando y depositen aquí sus donativos. Recuerden que mañana al amanecer procederemos al sacrificio de los dos que ayer tuvieron la osadía de sugerir que podían encender fuego frotando dos palos. Todos sabemos que el fuego es obra de los dioses y que ellos eligieron a nuestra graciosa majestad y su estirpe como guardianes legítimos del fuego.

Ya me entienden, ¿verdad?

No es de extrañar, pues, que, dada la eficacia combinada de ambas formas de coacción, el control del conocimiento –y su transmisión– sea tan importante o más que el control de la fuerza de las armas; así, atendiendo al *modus operandi* del sistema piramidal, el conocimiento pasa a estar en manos de unos cuantos «elegidos», que son los que deciden si el conocimiento es conveniente –o sea, si contribuye al mantenimiento de la pirámide– o si, por el contrario, es pernicioso –o sea, atenta contra el mantenimiento de la pirámide–, en cuyo caso será perseguido, castigado, ridiculizado, criminalizado, deformado, silenciado, ocultado, o lo que haga falta. Al igual que sucede con la redistribución de la riqueza, hacia abajo sólo se envía lo necesario para mantener y perpetuar la maquinaria y el modelo piramidal. Qué se dice, cómo se dice, quién lo dice, qué se publica, qué no se publica, qué se enseña, qué no se enseña y, sobre todo, cómo se enseña... Se incentiva aquel conocimiento susceptible de ser convertido en «producto» –que contribuya a mantener y ampliar el negocio y el flujo ascendente de riqueza– y se desdeña aquel otro que pueda conducir a una comprensión del mundo que pueda poner en tela de juicio el vigente estado de cosas. Los sistemas educativos y los medios de comunicación, excelentes negocios organizados de forma piramidal, transmiten información y patrones de conducta moldeados según los intereses de sus respectivos dueños –porque tienen dueños, no lo olvidemos–, información que debemos aceptar y patrones que debemos reproducir sin cuestionar. O sea, propaganda. La información debe ser aceptada como buena porque una «autoridad superior»

así lo dice –ya tenemos ahí otra vez la dichosa «divinidad»–; si absorbes, memorizas y reproduces, premio: eres buen alumno, buen ciudadano. Si cuestionas, castigo: necesitas tratamiento psicológico, eres un inadaptado, un disidente, un chiflado peligroso.

La Historia nos ilustra con numerosos ejemplos de cómo la vieja pirámide no ha escatimado –ni escatima– en formas de coacción –figurando entre las más populares la hoguera, el soborno y la humillación– para ejercer el control sobre la información, el conocimiento y su difusión. Y atendiendo al actual estado de corrupción de los medios de comunicación y de las universidades, hay que admitir que tales procedimientos siguen resultando sumamente efectivos. Si nuevas informaciones, ideas o conocimientos –y los «chiflados» que las formulan– consiguen eludir y/o soportar los compases iniciales de humillación y criminalización, y, a pesar de los pesares, ser demostradas como ciertas y útiles, la mecánica piramidal tratará de apropiárselas, de hacerlas suyas de inmediato: impondrá patentes, derechos de propiedad –hereditarios, por supuesto– sobre dicho conocimiento, sobornará al «chiflado» en cuestión para que trabaje para el «bien común», lo incluirá en sus filas, le concederá privilegios, lo «divinizará». Si el «chiflado» se resistiera, se le hará la vida imposible, que es como se aplica hoy en día en los países «progresistas» el poder purificador de la hoguera¹⁷. La consigna final es clara: opina, berrea cuanto quieras, pero la pirámide no se toca.

Sucede, sin embargo, que evitar que una mente humana se haga preguntas y acabe adquiriendo conocimientos resulta muy complicado, por no decir imposible. Por una parte, el ser humano –y su intelecto puñetero– tiene la incómoda manía de no conformarse con imaginar, con inventar respuestas, sino que además pretende comprobarlas, verificarlas, valiéndose de sus experiencias, de sus observaciones y del estudio de las cosas que le suceden y le rodean. De este modo,

17 O, si tiene suerte y estómago, puede convertirse en mono de feria en cualquier «mesa de debate» televisiva o radiofónica...

las respuestas que manejamos –sean más o menos inventadas– sólo nos sirven hasta que damos con otras más precisas; cuanto más exactas sean las respuestas que manejemos, mejor podremos evaluar los riesgos de las circunstancias que se nos puedan presentar, mejor podremos planificar nuestras siguientes acciones. A medida que damos con respuestas más precisas, vamos modificando nuestra visión del mundo, de las cosas, de los problemas que nos plantean, y, en consecuencia, nuestra forma de actuar, de manejar las situaciones. Dicho llanamente, a medida que adquirimos, acumulamos, y desarrollamos conocimientos, el mundo y nuestras formas de intentar manejarlo cambian.

Por otro lado, contando con la fuerza, eliminar al mensajero puede resultar más o menos sencillo, pero eliminar el mensaje, una vez emitido, no lo es tanto. A modo de ejemplo, las autoridades de la Grecia Antigua condenaron a muerte a Sócrates por no reconocer a los dioses vigentes y por corromper a la juventud, enseñándoles a dudar; Sócrates murió, pero la duda metódica ya no hubo manera de eliminarla. O el caso de Galileo, a quien el Santo Oficio obligó a negar públicamente las pruebas que aportaba para demostrar el movimiento de los astros alrededor del Sol; Galileo, que tuvo la osadía de afirmar y demostrar que la razón humana, valiéndose de un sencillo procedimiento que hoy conocemos como «método científico», podía explicar muchas cosas con mayor precisión y efectividad que «la voluntad divina», no quiso acabar sus días ardiendo como la tea y negó sus propias teorías, pero, como sabemos en parte gracias a su método, los planetas se mueven alrededor del Sol. O, en nuestra fábula particular, los dos que afirmaron que se podía hacer fuego frotando dos palos fueron sacrificados, pero nada pudo evitar que otros, a escondidas, constataran la veracidad de aquella afirmación. Todos sabemos lo poco que cuesta que los rumores se extiendan.

Para acabar de complicarle las cosas a la vieja pirámide en sus esfuerzos por el control del conocimiento, el comercio propició el intercambio entre individuos de experiencias, de ideas –mejores o peores–, de formas de ver y entender el mundo. Así mismo, el propio desarrollo de las técnicas de producción obligó a que incluso los es-

clavos acabaran poseyendo cierta instrucción, necesaria para seguir trabajando. Y al final, aunque sólo fuera para leer los manuales de instrucciones de las máquinas que tenían que manejar y rellenar albaranes, no quedó más remedio que enseñarles a leer y a escribir...

No hay forma de evitar que el conocimiento se extienda, y a cuanto más conocimiento se filtra y empapa al conjunto del tejido humano, más se resienten los fundamentos de la pirámide, más difícil le resulta mantener los viejos argumentos en los que se apoya. Ya sabemos lo que produce el rayo; sabemos cómo hacer fuego; sabemos que de un buen cazador no nace, necesariamente, otro buen cazador; sabemos que no hay ser humano que tenga la sangre azul... Los dioses como explicación de todo quedan así en entredicho y, por lo tanto, el imperativo de acatar su voluntad –o la de sus representantes– se debilita o desaparece, lo cual obliga a la mecánica de la pirámide a generar nuevos miedos –nuevos enemigos, nuevos peligros basados en los nuevos conocimientos, que son los que la mayoría ignoran– y a intensificar el uso de la coacción por la fuerza, lo cual, en los países «civilizados» adopta la forma de la «fuerza de la ley».

Escribimos en la Historia –occidental– con letras mayúsculas las épocas en las que se produjeron «explosiones» de conocimiento que cambiaron el mundo: la Revolución Agrícola –cuna de la estructura piramidal–, la Grecia Clásica, el Renacimiento –cuando se gesta el pensamiento científico y racional, de donde derivará el Humanismo y la Ilustración, que serán sustrato ideológico de la Revolución Francesa–, la Revolución Industrial –donde los conocimientos técnicos alcanzados, combinados con las ideas de la Ilustración, modificarían profundamente los sistemas de producción, sacudiendo los cimientos sociales y dando lugar a la Revolución Rusa–. Tales épocas han sido siempre convulsas, y, aunque la vieja pirámide ha resistido hasta hoy los embates de las «explosiones» de conocimiento, cada una de ellas ha resentido, ha hecho crujir sus cimientos, provocándole un lento y progresivo deterioro. A día de hoy, nos encontramos en el epicentro de otra «explosión» de conocimientos, que nos plantea, una vez más, una nueva circunstancia, una nueva imagen del mundo y a la que ya hemos bautizado, sin esperar a la Historia, como Era de

la Información o Era del Conocimiento. Asistimos, pues, a una nueva convulsión en la que la estructura piramidal se enfrenta, entre otras cosas, a una situación en la que las nuevas tecnologías permiten una difusión e intercambio de información y conocimientos sin precedentes. Es decir, cada vez es más difícil sustentar la coacción por el miedo derivado de la ignorancia, el engaño por ocultación o deformación de la información, ya que cada vez hay más individuos en condiciones de dudar, de cuestionar, de preguntarse «¿por qué?».

CAMBIA TÚ, QUE A MÍ ME DA RISA...

Si han leído hasta aquí, a muchos de ustedes les habrá venido a la cabeza una idea a la que solemos recurrir demasiado a menudo, acompañándola de un levantar de hombros cargado de resignación: «Es que siempre ha sido así». Teniendo en cuenta que, haciendo un cálculo a grosso modo, podríamos decir que el sistema de estructura piramidal que vengo describiendo lleva instaurado unos nueve mil años, milenio arriba, milenio abajo, tiene su lógica que en todos los estratos de la pirámide esa idea se encuentre profundamente arraigada, y en todos los estratos de la pirámide se recurre a ella para justificar el estado de cosas y las respectivas circunstancias. Al humano, animal de costumbres, le sucede con las tradiciones, las liturgias y los hábitos lo mismo que con las manchas difíciles, que, cuando hay que lavarlas, no salen ni con agua caliente. Aún resulta más difícil si muchas de esas tradiciones y costumbres han acabado convertidas en leyes o declaradas «principios fundamentales» sobre los que se apoyan y se rigen nuestras sociedades y sus formas de gobierno. Así que conviene que nos entretengamos un rato en darle vueltas a esa idea y a ciertas implicaciones y consecuencias que tiene aceptar ciegamente la costumbre, la tradición, como fuerza inmutable.

Para empezar, cada vez que decimos: «Es que siempre ha sido así», estamos remachando otras dos ideas: que no existe posibilidad de cambio alguno y que, por lo tanto, no hay nada que se pueda hacer al respecto. O sea, nos comportamos igual que delante de los dioses y su divina e incontestable voluntad, aceptando sin pestañear el viejo escenario:

La vida es un valle de lágrimas, un recorrido de vicisitudes a la que las «potencias divinas» nos someten con la promesa de paraísos o alguna otra forma de vida eterna tras la muerte. Una vez muertos, se hará justicia; en vida, ni lo sueñes. Así que resignación, amigo mío.

Mientras la voluntad divina ha imperado como causa responsable de todo lo que sucede, resulta comprensible que semejante escenario se sostuviera. Sin embargo, con el progresivo avance en la adquisición de conocimientos –y en su difusión–, se hace cada vez más difícil aceptar ese modelo como estado «natural» de las cosas, como obra divina. Por un lado, el conocimiento científico, la razón, nos muestra que, si hay algo constante, es, precisamente, el cambio. Por otra parte, tratándose del ser humano, su capacidad de modificar lo que se le ponga por delante nos permite incluso alterar fenómenos que nos encontramos en la naturaleza; por ejemplo, la implacable fuerza con la que la tierra atrae a los objetos, la gravedad, ya estaba ahí cuando nosotros llegamos, y desde el salto de pértiga a los cohetes espaciales, ¡qué no habremos inventado para burlarla! Quiero decir con esto, que la tradición, la costumbre, por antigua que sea, no es más que creación humana y, por lo tanto, susceptible de cambio. Se tiende a considerar a la cultura –que no es otra cosa que la acumulación de usos y costumbres– como un monolito inalterable; pero lo cierto es que, según cambian las circunstancias, hay usos, costumbres, tradiciones –o sea, ideas que componen la cultura vigente– que quedan obsoletos, que dejan de servirnos para manejarnos en las nuevas circunstancias y, por lo tanto, tardan más o tardan menos, esas costumbres cambian, por pura y simple necesidad. Resulta curioso que, mientras otras construcciones humanas, otras ideas, usos y costumbres cambian, la idea de que la estructura piramidal es inmutable, que no puede cambiar, que no podemos hacer nada al respecto, sigue saltando como un resorte a la primera de cambio. Sería interesante analizar hasta qué punto los sistemas educativos, los medios de comunicación y de difusión cultural –es decir, los sistemas de propaganda– contribuyen a mantener ese mito. ¿A quién puede interesarle tanto conservar una idea tan vieja?...

También por la fuerza de la costumbre, la idea de «es que siempre ha sido así» ha contribuido –y contribuye– a que, generación tras generación, a lo largo de miles de años, cada estrato de la pirámide haya ido confeccionándose una visión del mundo acorde con sus respectivas circunstancias, hasta el punto de considerarla como

el orden «natural» de las cosas. Es fácil comprender que el mundo no tendrá el mismo aspecto, no supondrá las mismas preocupaciones, para el que nace y crece con todas las necesidades cubiertas, rodeado de servicio personal y ausencia de carencias materiales que para el que viene al mundo en condiciones de miseria. Podríamos decir, pues, que cada estrato vive mundos distintos, diferentes realidades en las que las cosas se valoran, evalúan y gestionan de modos distintos.

Imaginemos que la pirámide fuera un edificio real, tan alto que llegara, desde el suelo, hasta la estación espacial que orbita nuestro planeta. En el estrato superior, en la cúspide, cuando se asomaran a la ventana, verían nuestro planeta azul y, por mucho que forzaran la vista, les resultaría imposible distinguir los seis mil millones de cabezas que hormiguean por la superficie del planeta en su trajín diario por la supervivencia. Desde tan arriba, los millones de individuos, sus padeceres, sus necesidades, son prácticamente una abstracción, una idea, que no tienen un efecto real en sus vidas. Que allí abajo muera un millón de ellos por falta de alimento, pongamos por caso, es algo que no se percibe desde tanta altura, y, en cualquier caso, «es que siempre ha sido así». Si se diera la circunstancia de que el flujo de riqueza se viera alterado, enviarían a un emisario al estrato inmediatamente inferior, al estrato del «demos», donde habitan los políticos, a pedir explicaciones y a exigir lo que les corresponde, que por algo son los elegidos por los dioses.

En el estrato intermedio, mucho más cercano a la superficie del planeta, y donde también llevan unos miles de años viviendo holgadamente, cuando salen al balcón, las cabezas de los que corretean a ras de suelo son ya perfectamente visibles; hasta se pueden contar con bastante precisión. De hecho, en este estrato, los millones de individuos, sus padeceres, sus necesidades, son convertidos de inmediato en números, en cantidades porcentuales. A esa altura, la muerte de millones por falta de alimento, por ejemplo, se percibe como descenso de cifras en una u otra gráfica. Lamentablemente, la cercanía con el nivel del suelo obliga a los habitantes de este estrato a tener que soportar los clamores y los lamentos de la muchedum-

bre –que no hacen más que quejarse, los muy ingratos–, aunque si se hace insoportable, siempre pueden enviar a unos cuantos efectivos para que restauren el silencio; por no hablar de las contadas ocasiones en las que se ven obligados a tener que bajar a pie de calle –sobre todo en época de elecciones–, momentos en los que corren el riesgo de que un plebeyo con puntería les ensucie el traje con un huevo podrido. Pero cosas así no se dan ni en una proporción del uno por ciento de los casos, así que tampoco es una preocupación que les quite el sueño. Mientras el flujo ascendente de riqueza se mantenga, todo va bien. Si el estrato más alto tuviera alguna queja, basta con exprimir abajo un poco más, como de costumbre. Al fin y al cabo, para el estrato intermedio, que tampoco sufre miserias, es una cuestión de cifras.

En el estrato inferior, a ras de suelo, las cosas se viven exactamente como las vivimos la mayoría de ustedes –a saber quién demonios estará leyendo esto– y yo; así que no creo necesario explicarlas. Cuando uno se muere de hambre, lo vemos caer a nuestro lado. Lo lloramos, lo enterramos –si podemos pagarlo– y, con los ojos llenos de lágrimas, miramos hacia arriba y, dependiendo de nuestro talante, o rezamos o nos cagamos en sus muertos. Tampoco serviría de nada clamar para que se enteraran los de los estratos superiores: en el estrato intermedio, en el de los políticos, sólo se tiene en cuenta aquello que acaba siendo visible desde sus balcones, aquello que hace desviar sus gráficas, si no, no cuenta. En el estrato de más arriba, como no lleguen las llamas hasta sus ventanas, ni se inmutan.

¿Dónde quiero llegar con todo esto? Enseguida lo verán.

Con el paso del tiempo, cada estrato se ha acostumbrado a ver el mundo según su propia circunstancia, según la «altura» de la pirámide en la que se encuentran. Esta diferencia de realidades influye sobremedida en el fondo y en la forma de hacer política, provocando que cada vez sea mayor el número de casos en los que las políticas pensadas y aplicadas no funcionan e incluso dan lugar a resultados adversos. Seguramente, más de uno se habrá dicho alguna vez aque-

llo de «¿pero en qué mundo viven?» o «aquí me gustaría verlos apañándose con mi sueldo». Pues, en efecto, viven en su mundo, en su estrato, y no tienen ni idea de cuáles son las necesidades reales de los estratos inferiores porque hace generaciones que no las padecen; las penurias las conocen de oídas, en el plano teórico, en el maravilloso mundo de las estadísticas. Así, por ejemplo, en el mundo de la economía a gran escala, donde las personas se convierten en unidades de cifras porcentuales se dicen algo así como:

—*Producimos 100 pollos. Somos 100 personas. Todo va bien, pues los números indican que tocamos a un pollo cada uno.*

Afirma el contable mientras se come su pollo, sin tener en cuenta que el otro pollo que tiene en la nevera, circunstancia de lo más natural dada su posición en la pirámide, significa que hay uno que no come. Si el clamor del hambriento llega a sus oídos, el contable, en el mejor de los casos, acabará por reconocer que «quizá debemos aumentar la producción de pollos», pero jamás se le ocurrirá pensar que él tiene un pollo de más, pues tal circunstancia es, por tradición, la más normal del mundo. De su mundo.

Esta distorsión da lugar a políticas de cara a la galería, políticas «de parche», cuyo principal propósito es, además de mantener la estructura piramidal y el flujo ascendente de riqueza –con el porcentaje de comisión correspondiente, claro–, ganarse y conservar la «simpatía» del votante, mantener dócil a la muchedumbre de la planta de abajo. Como la idea de que «siempre ha sido así» está profundamente arraigada, cualquier nueva circunstancia, cualquier nuevo problema se evalúa y se gestiona aferrándose a la directriz de que cualquier cambio que pueda significar no afecte a su posición en la pirámide. De hecho, mientras las consecuencias del problema no sean «visibles», no despuntan en sus gráficas de estadísticas, se comportarán como si el problema no existiera.

Se da la circunstancia, además, de que estamos sumergidos hasta el cuello en un nuevo modelo del mundo, en el que los avances tecnológicos han cambiado los procedimientos de producción, la

forma de trabajar, las formas de relacionarse, las formas de vivir; un mundo en el que el desarrollo de los medios de transporte y de comunicación han dejado obsoleto al viejo mapamundi de regiones coloreadas. Cuando podemos presenciar en tiempo real lo que está sucediendo, aquí y ahora, en el otro extremo del mundo, cuando podemos trasladarnos a ese lugar en pocas horas, resulta cada vez más complicado aislarse dentro de la viejas fronteras y eludir la «visibilidad» de los problemas. Podemos ver, podemos comprobar de forma presencial, que unos miles de kilómetros más allá, por ejemplo, hay millones de individuos de nuestra especie que no tienen el pollo que les correspondería según las estadísticas. Podemos constatar cómo el problema de allí nos afecta aquí, y viceversa. El mundo deja de limitarse a nuestra región, a nuestro país, para convertirse en un solo ente de una complejidad que nos plantea infinidad de nuevas circunstancias y de nuevos problemas. Ante las nuevas situaciones, la vieja pirámide se aferra a sí misma, demostrando día a día su manifiesta incapacidad para afrontar los procesos de cambios estructurales que el nuevo modelo de mundo y de sociedad plantean. Por poner un caso reciente, en los peores momentos de la reciente «crisis económica» en los círculos políticos llegó a murmurarse, con la boca pequeña, sobre la necesidad de una modificación estructural del sistema económico imperante; sin embargo, hemos podido comprobar que la vieja mecánica ha optado por hacer lo único que sabe hacer: succionar de abajo hacia arriba. Salvar a los acumuladores de riqueza a costa de los de siempre. La estructura piramidal no se toca. Es decir, se reconoce, entre bastidores, la necesidad de cambios estructurales, pero nadie da un paso al frente, pues temen, ante todo y sobre todo, que los cambios les afecten a ellos.

Así pues, si a nivel local la pirámide ya no podía ocultar sus fisuras, la visión de una realidad planetaria pone de manifiesto la monstruosa proporción de sus heridas, poniendo en evidencia no sólo la complejidad y la envergadura de los asuntos a resolver, sino la incompetencia y la incapacidad manifiesta de los que supuestamente deberían encargarse de atender tales asuntos, pues siguen mirando el mundo desde su estrato —es decir, desde sus intereses particula-

res de estrato—, del modo al que están acostumbrados, aplicando los procedimientos que les sirvieron en anteriores modelos de mundo; poniendo parches, pero incapaces de cambiar. Y, claro, a base de parches, pasa lo que pasa. La mecánica piramidal, que se sustenta en un modelo de mundo neolítico, resulta letal para la compleja circunstancia global que nos pone delante el siglo XXI. He ahí otro aspecto de su estupidez y he ahí la raíz del problema que debemos afrontar.

Y DICHO LO DICHO...

La plebe se encuentra –nos encontramos– en estado de *shock*. Por un lado, los factores que han venido acumulándose dando lugar al «descontento», al malestar, al cabreo –la desigualdad, la injusticia, la farsa de los derechos, la absurda distribución de la riqueza, el derroche de recursos, el engaño, la corrupción...–, se acentúan día a día; la situación de «crisis económica» está dejando clara evidencia de cómo funciona el mecanismo cuando las cosas se ponen magras: el peso de los «recortes» recae abajo, como de costumbre. Al mismo tiempo, nos encontramos en un modelo de mundo en el que la adquisición y difusión de conocimiento, junto a los avances tecnológicos derivados de la ciencia, chocan frontalmente con un modelo de gestión esencialmente irracional, que sigue basándose en «derechos divinos», en conceptos, principios y leyes basados en tradiciones asentadas en tiempos prehistóricos. En un mundo que, por un lado, progresa gracias al pensamiento racional, a la ciencia, y al que se le han difuminado las fronteras, la política, el negocio, sigue consistiendo en una guerra entre tribus para obtener la mayor tajada, procedimiento que por muy tradicional que sea no aguantará, en pleno siglo XXI un asalto de análisis racional. Es decir, donde necesitaríamos una política racional, científica, seguimos teniendo una política mística, visceral, troglodita.

Así pues, al «descontento» se suma el desconcierto de enfrentarse a una situación nueva, que exige cambios estructurales, de fondo y de forma. El cabreo nos hace decir: «Hasta aquí hemos llegado», pero al mismo tiempo la necesidad de cambio, y el miedo que eso produce, nos obliga a preguntarnos: «Pero, entonces, ¿qué hacemos?» Formularnos tal pregunta nos turba e inquieta. No debemos olvidar que la plebe estamos tan acostumbrados al viejo mecanismo y a sus principios como el que más, pues en su seno hemos nacido y hemos sido adoctrinados; tenemos asumido nuestro rol, y la posibilidad de que

pudiéramos tener un papel activo en el asunto, más allá de arrastrar nuestras cadenas cada día hasta nuestro puesto de trabajo, o hasta la cola del paro o del contenedor de basura del que obtener algún alimento, nos resulta, cuando menos, raro. En cuanto nos planteamos que tal vez habría que hacer algo, nos asalta de inmediato el pavor a perder el «bienestar» que nos han concedido, dejando al descubierto nuestra triste condición de esclavos y dando paso a un combinado de sensaciones que van de la resignación a las peores expresiones de la frustración. Y hablando de «expresiones», teniendo en cuenta lo dicho, quisiera detenerme un momento a examinar los procedimientos a través de los cuales la plebe expresa, en los casos que lo intenta, su «descontento».

Para entendernos, podríamos decir que, a día de hoy, a la hora de expresar el «descontento», hay dos procedimientos reglamentados, estipulados y orquestados, que son los que nos vienen a la cabeza automáticamente, y un tercero que se produce de forma espontánea, sin orquestación previa. Los dos primeros son las elecciones y las manifestaciones. El tercero es el fenómeno de la abstención.

El descontento expresado a través de las urnas parte de una curiosa premisa: si el plantel de políticos que se presenta te parece infumable, vota en contra o vota en blanco. Como se puede apreciar, «votar en contra» implica la aceptación de la idea del modelo que hemos estado cuestionando a lo largo de estas páginas, en el que la política no es otra cosa que un combate entre «buenos» y «malos», «los míos» y «los otros», contienda visceral, de identidades, en el que uno ya no se ocupa de qué políticas cree razonables o convenientes, sino que se ocupa o de que ganen los suyos o de que, ante todo y sobre todo, no ganen los otros. Por supuesto, su efectividad para inducir a algún cambio es cero. Una vez celebradas las elecciones, el descontento y sus causas, gane quien gane, seguirán intactos. La casta política y los medios de comunicación dedicaran unos días a «analizar» cómo B le ha ganado la partida a A, o viceversa –sabedores, de hecho, que han ganado ambos, pues siguen donde estaban–, y empezarán a preparar la próxima contienda, como si tal cosa. Si votar de este modo nos parece irracional e irresponsable, los propios políticos

nos invitarán a «votar en blanco», bajo el supuesto de que así queda reflejado el descontento o la sensación de no estar representado por ninguna de las fuerzas políticas asentadas. No se conoce de ningún caso en el que el voto en blanco haya significado cambio político alguno; sin embargo, tiene sus efectos. Por una parte, los partidos políticos cobran por cada voto emitido. Por otro lado, en muchos reglamentos electorales, como es el caso del español, el voto en blanco beneficia, en última instancia, a los partidos políticos mayoritarios, al bando A y al bando B, pues contribuyen a elevar la línea de corte necesaria para que un partido político obtenga escaños en el parlamento. Dicho de otro modo: a cuantos más votos emitidos, aunque sean blancos, más difícil es la representación de partidos minoritarios en el parlamento. Por último, votar en blanco, como votar en contra, legitima el juego tal y como está planteado. Es como si uno no pudiera soportar la fabada y dijera: «Odio la fabada, pero me tomaré otro plato.» Los defensores de este procedimiento obtienen, eso sí, la ilusión de participar. Algo es algo.

Dada su inoperancia, ese primer procedimiento acaba induciendo a adoptar la segunda vía de expresión del descontento: la manifestación. Las manifestaciones, tal y como se practican hoy en día, son el resultado de la asimilación por parte de la mecánica piramidal de lo que antaño se denominaba «revuelta popular» o «echarse a la calle». Esta asimilación ha llevado a convertir este procedimiento en una tradición, en un ritual, una liturgia perfectamente reglamentada que alimenta en la plebe la ilusión de tener voz o algún tipo de poder real. Como bien sabemos, los partidos políticos tratarán de obtener algún tipo de beneficio de las manifestaciones modernas, previamente autorizadas y regladas. En el caso de indeseadas manifestaciones espontáneas, siempre acabarán como el Rosario de la Aurora –o sea, a palos–, y así será subrayado en todos los medios de comunicación, de manera que el motivo de la manifestación quedará siempre en segundo plano, oculto tras las llamativas llamas de algún mueble urbano incendiado por un inquietante encapuchado o por el humo de las bombas lacrimógenas disparadas por unas no menos intimidatorias –esa es la idea, después de todo– fuerzas del

orden. No deja de resultar asombroso, al tiempo que revelador, que no se haya caído en la cuenta de que cualquier manifestación consentida y trazada por el propio organismo hacia el que se dirige la protesta se convierte de inmediato en un pasacalles, en un desfile casi circense. Basta con que nos fijemos en alguna de las grandes manifestaciones, tan de moda, cada vez que se reúne el FMI, el G-20, o caso similar:

En tales manifestaciones, las autoridades pertinentes trazan el recorrido incluso con alambradas; cortan la circulación del modo que signifique la menor molestia, acordonan la zona con un ejército de efectivos armados... Llegada la hora de la manifestación, la flor y nata de los «movimientos de protesta» del mundo entero desfilará por el cercado cual dócil rebaño de ovejas; algunos engarfiarán dramáticamente las alambradas con sus dedos y se desgañitarán escupiendo su descontento al cordón policial, cuyos componentes, sospecha uno, bostezan tras las oscuras viseras de sus cascos. Si algún grupo tiene especiales ganas de que les maceren las costillas, siempre puede dirigirse a uno de los «puntos calientes» previsto por la organización, donde espera la prensa para captar esos impresionantes documentos audiovisuales que tanto nos conmueven en los noticiarios. Mientras tanto, el evento se celebra según la agenda prevista; al día siguiente, los medios de comunicación se centrarán en los episodios violentos; y las cosas seguirán su curso, como si nada hubiera sucedido...

Este mismo proceder se aplica a lo que en el siglo XIX era un procedimiento efectivo de presión: las huelgas. Pero claro, en aquel entonces una huelga significaba detener la maquinaria de producción indefinidamente, hasta que se resolviera el problema. Hoy en día, una huelga que dura apenas un día, con servicios mínimos pactados (¿?!) y con sindicatos a la greña a la hora de salir en la foto—incluidos en la mecánica piramidal, también tienen un estatus que mantener—, convendrán conmigo que no tiene más consecuencias—incluso, menos— que las que podría tener cualquier otro ritual cultural, como podría ser el desfile de la selección de fútbol tras ganar la copa del mundo: la gente sale a la calle y se apiña a lo largo del re-

corrido trazado por la organización, ondea banderas, corea consignas y cánticos hasta extenuarse, algún exaltado quema algo y luego regresan a sus hogares con la identidad reforzada, desfogada, con la jocosa sensación de haber liado una buena tangana...

A estas alturas, deberíamos haber tomado buena nota de que, a lo largo de la historia, lanzarse al choque físico, al enfrentamiento por la fuerza, es, al final, batalla perdida; épica, catártica, emotiva, vistosa, pero perdida: habrán muchos muertos, pero la estructura piramidal seguirá ahí, los bandos seguirán ahí, alimentando rencoros y rencillas, hasta la próxima. Y la casa sin barrer.

Hablemos ahora de la tercera vía de expresión del descontento: la abstención. Además de lo ya apuntado en las primeras páginas de este librito, podríamos decir que la creciente cifra del abstencionismo gana adeptos en la medida que los pierden los otros dos procedimientos que acabo de comentar. Mientras que el descontento expresado en las urnas o en las manifestaciones son expresiones que implican la aceptación del juego en su formato vigente, la abstención significa precisamente la negación del juego, la no participación voluntaria. Esta actitud, sin conformar un movimiento organizado, goza de la ventaja de evitar cualquier posibilidad de enfrentamiento físico, cosa que, a su vez, no genera material de episodios violentos con los que los medios de comunicación puedan enmascararla o deformarla. Tras la jornada electoral, una vez realizado el recuento de votos, lo que queda es el mensaje expresado por un desnudo número: de tantos votantes convocados al juego democrático, un porcentaje de tantos **no ha ido a jugar**. El número en cuestión no permite el baile de cifras que, a conveniencia, se produce al calcular la asistencia a las manifestaciones –que tiene guasa–; es una cantidad de ciudadanos anónimos de los que los partidos mayoritarios no pueden sacar rendimiento político. Recordemos que el actual juego democrático se legitima, precisamente, gracias a aquellos que participan en el juego electoral; para seguir estando donde están y haciendo lo que hacen, necesitan que el juego que ahí los sitúa se mantenga, y la temible abstención representa exactamente lo contrario: la negación del juego, la deslegi-

timación. A falta de otras fórmulas, la abstención aparece como la silenciosa reacción que aglutina a cada vez más descontentos, más engañados y desengañados, haciendo resonar un mensaje común: **así, no jugamos.**

La probabilidad de que los porcentajes de abstención sigan creciendo es elevada. Debe tenerse en cuenta que, a medida que desaparezan las generaciones que han sufrido una guerra, una posguerra o alguna otra situación política traumática, resulta más complicado «venderles» el actual juego democrático a las generaciones que, además de no haber vivido aquellas situaciones, nacen y crecen inmersas ya en la percepción del engaño, de la injusticia, de la desigualdad, de la corrupción. A medida que se diluye el condicionante cultural de tener que adoptar un bando u otro, la farsa resulta tan evidente que no va a ser fácil convencerlos de que sigan soportando el juego con su formato actual.

Pero no nos engañemos: aún representando una clara expresión del «descontento», la abstención no supone una solución por sí sola. Aunque alcanzara cifras como las que se dan en países como los Estados Unidos, donde no se suele llegar al 50% de participación, la mecánica política actual, por su propia forma de ser –no olvidemos que, a fin de cuentas, es una reacción de supervivencia–, hará lo imposible por obviar y justificar esa realidad; seguirá tratando de deformar, fraccionar, desmenuzar, parchear el problema –que no solucionarlo–, en su intento de poder digerirlo. Sin embargo, lo que sí significa la abstención es el paso previo a cualquier intentona de solución: si yo estoy jugando al Monopoly y tengo claras pruebas de que me están haciendo trampas, de que me están engañando, me levanto de la mesa y dejo de jugar. Es decir, el que se abstiene ha sido capaz, en algún momento y aunque sea por puro hartazgo, de poner en tela de juicio el propio juego, más allá de la lucha de bandos. Será entonces cuando estaré en posición de plantearme la revisión del reglamento, la redefinición del juego o lo que haga falta, cosa que no puedo hacer dentro del juego, ya que la propia trampa me lo impide. Comprendan que uno sienta curiosidad por saber qué sucedería si sólo se quedaran sentados frente al tablero los tramposos...

Con todo, y como ya he dicho, la plebe tiene tan asumidos los viejos patrones como el que más, y no puede evitar contemplar la situación en términos de combate de bandos y de banderas. La mayoría de aquellos que llegan a cuestionarse el juego, no suelen alcanzar a ver en el horizonte más alternativas que otro baño de sangre, como marca la tradición. Es por eso por lo que debo insistir una vez más que estas páginas, si sobre algo quieren llamar la atención, es sobre la necesidad de realizar profundos cambios estructurales, de concepto, en los que no caben armas, sino las herramientas que nos proporcionan el pensamiento racional, el conocimiento y la experiencia adquiridos por la especie. Volviendo al símil de los cavernícolas, debemos detenernos un momento, sentarnos de nuevo en torno a la hoguera y, con lo aprendido, volver a definir el juego, para que se ajuste a las nuevas circunstancias y cumpla su cometido. No se trata de pasar por la quilla a unos para que otros ocupen su puesto en la estructura; ni siquiera se trata de perder el tiempo en demoler la vieja estructura –que ya se desmorona solita–; no se trata de actuar «contra» nada: se trata de actuar de otra manera, de actuar «hacia», de poner los cimientos para construir otra estructura. Dicho así, y acostumbrados a la mecánica tradicional y a pensar en términos de resultados a corto plazo, se entiende que semejante idea nos resulte difícil de aceptar, una tarea titánica; más aún cuando nuestra breve esperanza de vida nos empuja a pensar en términos de resultados inmediatos. Sin embargo, debemos tener en cuenta que, por muy antigua y alta que sea, la pirámide es, en última instancia, una construcción humana cuya primera piedra está, precisamente, abajo de todo, a ras de suelo, al mismo nivel que aquella necesidad que llevó a nuestros cavernícolas a establecer un Acuerdo Original. Es a ras de suelo donde la necesidad aprieta y donde se plantan y gestan las ocurrencias, las nuevas ideas, las semillas de los cambios.

«[...]¿Vamos a seguir confiando nuestros asuntos a personas sin compasión, sin conocimiento, sin imaginación y que no tengan nada que los acredite excepto un odio metódico y habilidad para vituperar? [...]

[...]Supongo que nunca han pensado por un momento que el ser humano es una especie única con posibilidades que pueden ser realizadas o frustradas. Nunca se han elevado sus mentes más allá de las consideraciones diarias de la utilidad momentánea en una reñida contienda por un poder breve. Y, sin embargo, tiene que haber muchas personas en cada país que puedan acceder a un punto de vista más amplio. Los amigos del ser humano tienen que recurrir a personas con estas capacidades, sean del país que sean. El futuro de los seres humanos está en juego, y si hay suficientes que se den cuenta de esto, su futuro está asegurado. Los que van a resolver los problemas del mundo necesitarán valor, esperanza y amor. No sé si lo lograrán pero, a pesar de todo, estoy absolutamente convencido de que lo intentarán.»¹⁸

18 *Society in Ethics and Politics* (Bertrand Russell, 1954).

¿Cabreo? ¿Ansiedad? ¿Rabia? ¿Angustia? ¿Frustración?

¿Cada vez que ve las noticias sobre política y economía aumenta su secreción de bilis y le dan ganas de mandarlos a todos a la mierda?

¿Tiene la sensación de estar pagándole la juerga a una pandilla de sinvergüenzas?

¿Cuando oye las palabras «igualdad», «derechos», «justicia» o «democracia» sufre espasmos de risa histérica?

¿Cuando le pagan su sueldo –en caso de tenerlo, y en caso de que se lo paguen–, se le pone cara de tonto?

¿Cada vez que va a votar oye voces que le susurran cosas feas, como «gilipollas» o «soplagaitas»?

Si usted experimenta alguno de estos síntomas puede que haya empezado a sufrir los efectos del «síndrome del descontento». Si los experimenta todos, debe estar echando humo por las orejas...

Este manuscrito no es un medicamento, pero escuece. Usted verá.

